



BUNKER BAY

URIAS MACHADO



Bunker Bay

Urías Machado

©Urías Machado, 2025

Tipografía de portada: Eva Barabasne Olasz (Digital
Typeface Studio)

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc., sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

Bunker Bay

1

Cuando Hanninen abrió los ojos era un cuarentón demacrado sin rumbo en la vida. En si ese no era el problema; hace días existía un norte, y un lugar donde enfocar la mirada. Bostezó, iba en un monovolumen modificado sin los cinco asientos traseros. Él iba en el lugar del copiloto, con la cabeza recargada en la ventana y la mochila con sus pertenencias sobre los muslos, el resto de su equipo lo guardaba en la zona trasera.

Al verlo despertar, el conductor del vehículo lo miró de reojo y le sonrió con disimulo. Era un hombre pulcro, vestía una chaqueta negra, camisa debajo y guantes grises. Daba la impresión que no hablaría a menos que Hanninen lo hiciera primero.

Él por su parte prefirió dar un vistazo por la ventana. De alguna manera el sol brillaba sobre ellos, las sombras de los árboles del camino se estiraban como si quisieran alcanzarlos y por el

cielo surcaba un solo hilo de viento que se metía por los oídos. El verde era una imitación de verde, descolorido y sin apenas vida; luego de unos pocos minutos se volvía obvio que por estos lugares no abundaba la alegría. Las ruedas del auto aplastaban el césped con indiferencia, de igual forma no se esperaba a nadie por aquí.

—¿Cuánto falta? —preguntó sin observar al conductor.

No respondió, él se limitó a darle un vistazo rápido y regresó los ojos al camino. Al no recibir respuesta observó al hombre, este mantenía su rostro pulcro y serio. Giró la cabeza con Hanninen y le sonrió, no dijo nada.

Además de ese hilo de viento, lo único para amenizar el ambiente era el sonido del motor. Ningún ave, ningún ciervo, nada; a pesar de transitar por el medio del campo la única compañía era ese extraño que no le respondía y esos árboles de colores falsos.

Abrazó la mochila contra su pecho y recargó de nuevo la cabeza contra el cristal de la ventana. La vibración del vehículo por el camino de tierra lo meció. Ni siquiera sabía cuánto faltaba para llegar, lo mejor sería tomarse un momento si igual no tenía más que hacer, pensó. Y así cerró los ojos con la esperanza de descansar en paz al menos una vez.

2

Una mano lo sacudió del hombro.

—¡Hanninen!

Abrió los ojos poco a poco y observó que se trataba de Dreijer. El dormitorio del cuartel seguía a oscuras, con varios otros militantes buscando descansar.

—Hanninen, despierta.

Pasaron unos segundos hasta que recobró la claridad de su mente.

—¿Regresaste? —preguntó a Dreijer.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —contestó con una sonrisa que se difuminaba en la oscuridad.

Los dormitorios del cuartel se encontraban separados del edificio principal, solo protegidos por delgadas paredes de lámina. Dreijer abrió la puerta para él y ambos salieron a la intemperie de una noche oscura, aunque no por eso tranquila.

En sus alrededores decenas y decenas de soldados iban de un lado al otro: algunos cargando provisiones, algunos reparando las instalaciones, algunos patrullando y algunos fingiendo trabajar. Aquí y allá tenían instalados reflectores que iluminaban la oscuridad de un firme tono blanco, las sombras de las cosas se alargaban metros a la distancia.

Hanninen seguía a Dreijer a sus espaldas, quien lo guiaba a un lugar tranquilo.

—¿Cómo te fue en el despliegue? —preguntó en el trayecto.

—No hay que hablar de eso ahora —respondió Dreijer.

Asintió, Dreijer marcaba el ritmo y el camino. A sus oídos llegaban las voces del resto de habitantes del cuartel, la mayoría gritando

órdenes los unos a los otros. La voz del comandante se alzaba entre todos, manejando a los presentes como una orquesta.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

El lugar tranquilo se ubicaba en la periferia del cuartel, donde no llegaban las luces de los reflectores y los gritos del comandante se volvían susurros. A lo lejos se veían las montañas y los bosques, imposibles de alcanzar.

—¿Cómo te fue en el despliegue? —volvió a preguntar.

Él se sentó en el suelo, con la espalda recargada en uno de los muros de uno de los tantos almacenes del cuartel; Dreijer caminaba en círculos frente a él.

—Hanninen, no te traje a hablar de eso.

—¿Entonces?

Dreijer tragó aire y miró a la nada, le regresó la mirada y sonrió.

—Feliz cumpleaños.

Hanninen meneó la cabeza con una risa entre dientes.

—¿De qué te ríes? —preguntó Dreijer con la misma sonrisa.

—Ni siquiera sabemos qué día nació, usas una fecha diferente cada año.

—¿Y qué? —respondió— Algún día he de acertar.

—Gracias —contestó y recargó la nuca en el muro.

Dreijer dejó de dar vueltas, metió la mano en su abrigo para sacar un sobre negro que llevaba.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Una sorpresa, tu regalo.

Dreijer se acercó a entregarle el sobre y se sentó junto a él, este lo abrió con la expectativa.

—¿Un lirio blanco?

—Lo conseguí durante el despliegue. Ya sé que es un solo lirio, que es una tontería, pero... tendrías que haber estado allí. En el medio de la destrucción, la ciudad en ruinas, había cuerpos y sangre por todas partes, escombros, basura. Y lo vi allí, un lirio brillando en la oscuridad, pulcro. Me acordé de ti.

Él guardó la flor en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Me habría gustado traerte algo más... *interesante* —agregó Dreijer—, pero cuando vi el lirio fue como si...

—Está bien —interrumpió—, volviste del despliegue, eso es lo que importa.

—Sí, supongo —dijo Dreijer sin parpadear, con los ojos en las montañas del horizonte—. Feliz cumpleaños, Hanninen.

Él observó a Dreijer.

—¿Te pasa algo? Te ves cansado.

Dreijer sonrió, cerró los ojos y levantó la cabeza. Hanninen le extendió un brazo alrededor de los hombros.

—Creo que debería descansar.

—Sí, creo que sí —contestó.

Y a pesar de que ambos tenían sueño y ambos sabían que lo mejor era irse a dormir, se quedaron allí sentados en silencio como alguna forma de mutualismo.

El monovolumen se detuvo. *Drejjer*, pensó antes de volver a abrir los ojos. Lo observaba el conductor con su gesto pulcro y discreto, mantenía sus manos sobre el volante.

—¿Llegamos? —preguntó.

El conductor asintió con una sonrisa. Se bajó del vehículo y caminó hasta la puerta de Hanninen para abrirla para él. Asintió también, tardó unos segundos antes de bajar con su mochila entre sus manos. Lo recorría un temblor discreto, esto era algo que tendría que hacer solo; confundido, nervioso.

El conductor regresó al vehículo a bajar el resto de pertenencias, el equipo con el que descendería. Sin oportunidad de nada más hizo una reverencia con la cabeza y se marchó, dejándolo por su cuenta en medio de la nada. Alrededor solo campo, árboles, cielo y viento. La cabeza le seguía dando vueltas por el viaje y el sueño. Respiró dos veces y continuó su camino, lo único a su disposición era seguir un pequeño sendero bajo sus pies.

En la distancia, en el medio de un claro, se mostraban las siluetas de dos hombres alrededor de un agujero. Para llegar a ellos tardó unos minutos en transitar la nada, uno era un anciano de cabeza pelona, abrigo y pantalones negros con un collar blanco. El otro era un tipo vestido más bien normal, con sus pantalones de mezclilla, botas y una camisa manga larga.

Sin siquiera dirigirles la palabra se inclinó ante el agujero en la tierra, tan profundo que la

luz no iluminaba más de unos metros dentro. Y a pesar de ello, de la profundidad, era una entrada para una sola persona. En las orillas contaba con una polea en cada esquina.

—¿Vas a descender? —preguntó el anciano.

El otro sujeto permanecía de pie con las manos unidas frente a él y la cabeza baja. Antes de que se diera la vuelta el mismo continuó.

—Que pregunta tan tonta, es obvio que vas a descender. No es como que fueras un turista —dijo y se rio.

No dijo nada. Ante la falta de respuesta el anciano se paró junto a él.

—No hay prisa para descender —dijo—, tómate tu tiempo, descansa.

—¿Ustedes también van a descender? —preguntó.

—¿Nosotros? No, nosotros estamos de paso.

Otra vez intentó ver dentro del hoyo. La oscuridad era absoluta e infinita, al sol le era imposible iluminarlo.

—¿Entonces? —preguntó el anciano— ¿Qué vienes buscando?

Hanninen exhaló al horizonte.

—Es privado —contestó.

—Entiendo, perdón por la intromisión. Aunque creo que es bastante obvio, cuando están aquí es porque todos buscan lo mismo. Pero bueno, no te quito más tu tiempo, quieras prepararte antes de entrar, ¿no? Es un camino largo hasta el fondo, largo y sin vuelta atrás.

Asintió, ambos extraños se alejaron para dejarlo por su cuenta. ¿Sería posible...? Pensó, ¿sería posible volver a encontrar a Dreijer...? Lágrimas le recorrieron la mejilla. A pesar de estar a solas no pudo evitar sentirse ridículo al ser un cuarentón que lloraba por ver un hoyo en la tierra. Se limpió con la manga de su ropa, no tenía tiempo de dudas.

4

En teoría, Hanninen andaba a principios de los cuarenta, daba la impresión de ser mucho más viejo de lo que era, daba la impresión de ser un cadáver levantado por hilos. Su cabello negro era una mezcla de canas y áreas donde comenzaba a quedarse pelón a causa del estrés. A pesar de ello su rostro seguía siendo carnoso y redondo, con dos ojeras marcadas debajo de cada ojo y labios que se tornaban morados a cada segundo. ¿Cómo alguien como Dreijer pudo tan siquiera mantenerle la mirada? Pensó y sonrió.

Claro que no todo eran defectos, bastaba con verlo unos segundos para darse cuenta que era un tipo capaz de defenderse. Tantos años de experiencia hicieron que se le enfriara el cerebro; y ni así era capaz de ver un hoyo en la tierra sin llorar.

En los brazos y bíceps, así como en el torso, el cuello y las piernas era posible encontrar una serie de marcas: heridas de un cuchillo y golpes contundentes; en uno de los muslos le quedó la marca de una bala que le tuvieron que sacar a la

fuerza. Todo texturizaba su pie en una forma en la que preferiría que no lo hicieran.

A diferencia de él, Dreijer sí sabía cuándo nació, él sí tuvo quien se hiciera cargo del cuándo no era más que un niño. Y eso era toda la diferencia, en los demás aspectos ambos eran más bien parecidos. Solo sin contar que Dreijer tenía dos enormes entradas en la cabeza, su marcado pelo negro solía hacer que se notaran todavía más.

—Hanninen, no vinimos aquí para hablar de mi cabello —dijo Dreijer.

—Te vas a quedar pelón —respondió con una sonrisa. Recargaba el codo en la mesa y la cabeza en la mano.

Dreijer solo se rio del comentario tan fuera de lugar. Físicamente se parecían, Dreijer era unos centímetros más alto y menos pesado. Solía oler a cigarro y humo, y eso que solo era un conductor. No como Hanninen, que era de los que mataban gente.

—Van a volver a desplegar te, ¿no? Para eso me llamaste —dijo serio.

Dreijer respondió con un movimiento de cabeza.

—Me lo esperaba. Llegas de un despliegue, te quedas un día y luego te vuelven a mandar lejos.

—Por favor, no actúes como si dependiera de mí.

—No lo hace, nada depende de nosotros.

—Y nunca lo hará mientras estemos aquí —agregó Dreijer.

En esa ocasión fueron al comedor del cuartel, una inmensa sala con decenas de mesas vacías. La mayoría de las tropas andaban en el patio tomándose un descanso, así que aprovecharon la soledad para sentarse cada uno de un lado de la mesa.

Dreijer recargó los brazos y se inclinó para acercarse a él, lo tomó del antebrazo, tenía la piel tensa y firme.

—Hanninen, ¿recuerdas eso que hablamos?

Asintió.

—¿Nuestro plan?

—Desertar.

Dreijer observó sus alrededores para asegurarse que nadie los hubiera escuchado.

—Largarnos de aquí, esta vez no por semanas o meses. Esta vez nos iríamos para siempre, ¿sabes? Para siempre.

Otra vez Dreijer escaneó sus alrededores, Hanninen lo miraba a él fijo.

—Después de este despliegue me darán tres días libres. Ese será el momento, nuestro único momento, nuestra única oportunidad de dejar esto para siempre.

—¿A dónde iremos?

—Eso no importa. Podemos quedarnos un tiempo con mis padres, viviremos en la periferia donde nadie nos conozca. Podemos trabajar la tierra, hacer muchas cosas.

Él se sujetó firme del antebrazo de Dreijer justo como Dreijer lo sujetaba.

—Hanninen, te lo aseguro, nos iremos.

—¿Para siempre?

—Para siempre. —Asintió.

Tres días, se dijo a sí mismo. Ahora se daba cuenta lo infantil que llegó a hacer al pedirle permiso al tiempo de que las cosas cambiaran.

5

Colocó su equipo en el suelo, era el momento de prepararse. Además de sus herramientas, llevaba las prendas con las que planeaba descender.

La cabeza se la cubría con un pasamontañas junto con su casco, lo que dejaba solo los ojos descubiertos. Vestía una especie de chaqueta pesada para protegerse del frío, así como un chaleco con una gran cantidad de bolsas para guardar sus herramientas, sobre todo cuerdas y su linterna. Llevaba sus coderas, se protegía las manos con guantes gruesos.

Las piernas las protegía de manera similar al resto del cuerpo. Vestía unos pantalones duros y resistentes hechos de la misma tela gruesa que el resto de prendas que llevaba. En los muslos del pantalón contaba con algunas correas y sus respectivas rodilleras. Cerraba todo con sus botas hechas para escalar montañas.

En la espalda contaba con un tanque rojo colocado de forma horizontal, se trataba de un tanque de oxígeno conectado a una mascarilla colgada de su chaleco. Encima de este tanque cargaba con un grupo de tres tanques más que se unían para formar el combustible de su lanzallamas, su única arma una vez descendiera

y la cual la colgaba de algunas de las tantas correas de sus prendas.

Además de todo eso llevaba su detector de oxígeno, su medidor de profundidad, algo de comida, un cuchillo, etc. Si quería descender lo mejor era ir preparado.

Se estiró un tanto para acostumbrarse a la ropa, unos minutos después se colocó junto a la entrada.

—Vaya —dijo el anciano.

Regresó junto con el extraño de los pantalones de mezclilla y camisa manga larga. El anciano no disimuló en ver la apariencia de Hanninen, parecía vestir un uniforme de alta montaña.

—Voy a llegar al fondo —dijo.

—Ya veo, entonces, ¿estás listo...?

Observó a su espalda, pero no vio nada, era muy tarde para hacer cualquier otra cosa. El extraño ató una cuerda a una de las poleas.

Sin más, se aferró de la cuerda y se preparó, al descender los primeros metros la polea crujió, mas no le dio importancia.

—¡Suerte! —dijo el anciano— Buen viaje.

Así comenzó su descenso centímetro a centímetro colgado de una cuerda. El peso de los tanques lo jalaba con fuerza hacia abajo, el dolor de los hombros fue instantáneo con los huesos de las manos separándose de su cuerpo.

La polea volvió a crujir. Hanninen siguió bajando, la oscuridad lo tragaba cada vez más, a cada centímetro que se adentraba bajo la tierra

el sol y el viento lo abandonaban para no regresar.

—Ay no —dijo el anciano, en esta ocasión fue imposible no notar la polea.

La nada era tan oscura que no podía saber cuánto faltaba para tocar la superficie. Entonces la polea reventó y la gravedad reclamó su cuerpo. Tanto equipo, pensó en caída libre, tanto equipo con la intención de llegar al fondo como para morir porque se rompió la polea. Fueron segundos sin poder agarrarse de nada, solo esperar a que llegara el golpe.

Golpeó el suelo, el polvo que levantó su cuerpo lo rodeó como una sábana. Todo quedó en silencio, perdió la consciencia al instante. A unos metros cayó la polea junto con la cuerda.

6

El día de, Hanninen despertó más temprano para preparar aquello con lo que escaparían de ese foso llamado cuartel. Luego de eso caminó de un lado al otro asegurándose que la ruta que tomarían se situaba justo como esperaban. Lo último que necesitaba era esperar algunos minutos a que Dreijer llegara de su último despliegue. Aquel habría sido el último despliegue de su vida, según ambos, no planeaban volver.

Dieron las diez, seguía sin tener noticias de Dreijer. Un simple retraso, se dijo a sí mismo para rechazar la posibilidad de cualquier accidente.

Fue al comedor a esperarlo sentado en la misma mesa donde solían comer juntos. Cerca del mediodía al patio del cuartel llegó uno de esos camiones para el transporte de personal, uno de esos de los que Dreijer conducía. Se levantó y caminó en su dirección con la intención de largarse de una vez por todas.

El conductor del camión bajó y gritó para llamar la atención de todos. Los que se acercaron brindaron su ayuda para bajar del vehículo una serie de cuerpos que no podrían mantenerse por cuenta propia. Por un instante no pudo respirar. Los cuerpos los acostaron en el piso a la espera de las camillas y los paramédicos.

Se detuvo en las puertas que daban al patio, quedó congelado en su posición sin posibilidad de acercarse; en silencio, mientras del camión bajaban más y más cuerpos, la mayoría ensangrentados, otros negros de mugre y algunos más a los que les faltaban partes.

Cuando entró a la enfermería del cuartel cierta parte de los cuerpos eran atendidos. El movimiento era nauseabundo, con todos los doctores y enfermeros corriendo de un lado al otro para tratar a todos los que pudieran al mismo tiempo. Las víctimas del ataque solo se lamentaban, lloraban por piedad a alguien que no se hallaba en la habitación con ellos.

—¿Dreijer? —preguntó a la nada.

La nada no le respondió. A cualquier parte donde dirigiera la mirada veía un cuerpo sin posibilidad de mejoría. Algunos tenían

quemaduras en la mayor parte del cuerpo, a otros les faltaban los dedos o las manos completas, otros tenían los huesos salidos, algunos ya no respiraban. Era un milagro aquellos con esa capacidad.

—¿Dreijer?

—¡Si no va a ayudar, no estorbe! —le dijo un enfermero que se chocó con su espalda.

Ni siquiera lo escuchó, buscaba a Dreijer con la mirada a lo largo de los pasillos y habitaciones. Lo único que le regresaba la vista era la infinita podredumbre.

—¡¿Dreijer?!

Corrió por el pasillo, entró en una habitación al azar para escanearla con la mirada, cerró la puerta y entró en otra más. Repitió el proceso, lo hizo una y otra vez al tiempo que cada vez más hombres dejaban de moverse. A su olfato lo invadió un olor parecido a óxido y sangre.

—¡¿Dreijer?!

—¿Hanninen?

Una voz al final de la habitación contestó a su llamado.

—¿Dreijer? —repitió y entró.

La puerta se cerró detrás de él.

—Hanninen, ¿cómo me encontraste?

En teoría seguía siendo Dreijer, bajo otras circunstancias no lo reconocería. Lo acostaron en una cama con sábanas manchadas de sus propios líquidos corporales. Lo primero que hizo fue tomarlo de la mano con fuerza. Dreijer sonrió, o algo así, no tenía labios.

—Dreijer...

—Parece que eso de irnos tendrá que esperar, ¿no? —Intentó reírse, en su lugar tosió algo de sangre que le manchó la boca y el rostro.

Hanninen lo limpió con un dedo.

—¿Qué pasó? —preguntó a secas.

Las lágrimas se formaron, de todas formas, Dreijer no lo veía. Alrededor de sus ojos lo cubrieron con la venda menos mugrosa que encontraron.

—Lo normal —respondió Dreijer—, lo que sucede en las guerras. No te preocupes. —Tosió más sangre—. No te preocupes, nuestro plan sigue en pie.

¿Qué plan? Pensó, ¿cómo puede huir una persona sin piernas? Con una mano sostenía la de Dreijer, con la otra acarició su mejilla. Las zonas donde todavía le quedaba piel se sentía húmeda, el resto de su cuerpo era una combinación de carne y carbón.

—¿Qué fue? ¿Una bomba? —preguntó Hanninen con la voz cortada.

—No hay que hablar de eso ahora. No te preocupes, voy a recuperarme.

—¿Lo prometes?

—¿Vas a dudar de mí?

—Nunca lo haría.

Dreijer quiso sonreír a pesar de sus músculos faciales destrozados.

—Lo sé —dijo.

—¿Entonces?

Alrededor tenía cables conectados a máquinas que se incrustaban en su cuerpo como si Dreijer fuera parte de ellas. En números de

colores se marcaban los signos vitales, la presión, los latidos, entre otras cosas. Él no era muy conocedor de esos temas, lo único que sabía era que números tan bajos no eran una buena señal. Dreijer uso sus últimas energías en su espera.

Por su parte a Hanninen era como si lo hubieran lanzado al medio del océano de un segundo a otro. Anonadado, confundido, con sus manos temblorosas cada vez más, con su corazón como si le clavaran un alfiler y con esa capa de sudor que se formaba en su frente.

—Van a llevarme a un mejor hospital, no podremos vernos en un tiempo...

Con su respiración torpe, Hanninen comprendía a la perfección lo que sucedería en segundos. Aun así, ¿qué podía hacer? Los números de las máquinas iban en caída libre. Su respiración se bloqueó, ver a Dreijer tan destrozado, fue una sobrecarga de estímulos que su cuerpo no tenía forma de soportar. Todo aquello que lo mantenía unido a la vida, de repente fue arrancado de sus manos. Hasta toser se volvió imposible, el dolor de su corazón y su falta de aire lo acompañaban.

—Hanninen, ya sabes dónde encontrarme. *Allí* seguiremos con nuestro plan.

Volvió a toser más sangre.

—¿Hanninen? —dijo Dreijer con la voz agotada.

—¿Sí?

—Di algo.

Las máquinas lanzaron sus pitidos al aire junto con sus pequeños leds rojos. Él se atragantaba con el aire y las palabras, de verdad que necesitaba oxígeno, el piso bajo sus pies no dejaba de dar vueltas.

Temblaba como un niño cualquiera. Ahora, lo único que recordaría de Dreijer sería su olor a podrido.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Hanninen se apartó, a la habitación entraron varios paramédicos con la intención de evitar lo inevitable. Su visión era una nube a causa de las lágrimas, el mareo y la falta de oxígeno. Salió de la habitación, nunca es bueno ver cómo se tala un roble, pensó. A dos metros de la puerta cayó de frente, ahora en la fosa común abría dos cuerpos más.

7

—*Agh...*

El suelo era de piedra maciza. Intentó ponerse de pie, lo primero que hizo fue levantar la cabeza para ubicar de qué tan alto cayó. Sobre él solo tenía un espeso y profundo color negro, no lograba vislumbrar la luz del exterior. Lanzó un gruñido al aire para tomar fuerzas y ponerse de pie. Su cerebro no dejaba de dar vueltas dentro de su cráneo, su visión borrosa se componía poco a poco. Movié un brazo, luego el otro, luego las piernas. Al menos no se rompió nada, pensó.

Alrededor era imposible ver algo, era rodeado por un negro absoluto, como si hubiera

sido expulsado de la realidad. Levantó su linterna, sin embargo, no lograba penetrar la oscuridad.

—Ah... —suspiró.

Continuó el viaje sin tener una dirección fija, con los ojos en el terreno con cuidado de no caer por alguna piedra.

—¡Hola! —gritó Hanninen a todo pulmón con la esperanza de encontrar a alguien más entre tanta oscuridad.

Nadie respondió a su llamado, así que siguió su camino. Luego de unos minutos de ir a la deriva sin una dirección en concreto algo crujió debajo de las suelas de sus botas. Había regadas decenas, cientos de hojas de árboles; minutos después encontró ciertas raíces incrustadas aquí y allá.

Siguió el camino de hojas para ver si encontraba alguna dirección, todo se veía igual. Su única compañía era el equipo con el que contaba y el sonido de las hojas al romperse.

A lo lejos divisó el llanto de una mujer.

—¿Hola? —preguntó.

El llanto cesó. Un sonido crujiente se acercó desde la oscuridad, así como el ruido que hacen las ramas al agitarse con violencia. Con la linterna ubicó varias hojas flotando alrededor. Estiró su mano para tomar una, esta crujió al toque y se deshizo en pequeñas partes.

El sonido de las ramas seguía aumentando, Hanninen se acercó al lamento de la extraña, la encontró arrastrándose. Retrocedió atrás, con

una mano apretó su linterna y con la otra liberó su lanzallamas para apuntarlo a la mujer.

Ella se levantó con torpeza. Las hojas provenían de su cuerpo, ramas, raíces y hojas salían como si un árbol hubiese crecido dentro de ella y tomara el control. Alrededor de cada desgarre de su cuerpo quedaba un canal de sangre seca. Tenía el rostro deforme a causa de las ramas, rojo de tanto llorar. Tomaba zancadas torpes en su dirección, él se limitó a observarla, era difícil comprender lo que veía.

—¡Detente! —indicó y mostró su arma.

La mujer dejó salir un quejido, de su rostro solo salía dolor puro imposible de descifrar. Hanninen trató de dar un paso atrás, no pudo, las raíces se expandieron para tomarlo de los pies. La extraña se abalanzó contra él casi como un abrazo, las ramas de su cuerpo se esparcieron con la intención de consumirlo.

La presión fue instantánea, la primera sensación fue la circulación bloqueada. Antes de que las raíces en sus piernas logran inmovilizarlo, con bastante esfuerzo levantó una de ellas y lo metió entre los cuerpos, con la planta de su bota en el vientre de la extraña. De una sola patada la mujer cayó sobre su espalda con sus ramas y raíces retorciéndose como tentáculos. Al parecer eso multiplicó su dolor, su llanto era incesante, sin salvación.

Sin dudarlo más jaló el gatillo del lanzallamas dos segundos, eso sería suficiente para quemar el cuerpo. El fuego iluminó la nada que los rodeaba. La extraña ni siquiera rodó, dejó que el

calor se encargara de ella. La madera de su cuerpo crujió y se partió una a una mientras no dejaba de lamentarse. El árbol dentro de ella murió, al igual que la hospedera.

Donde antes había una mujer quedó carbón ardiendo en rojo vivo que calentaba el frío de la oscuridad. El cadáver quedó con la cabeza hacia abajo, le dio la vuelta con la bota para que al menos quedara con la vista al cielo, aunque ninguno de los dos pudiera verlo dentro de ese agujero.

Continuó su camino según algunas raíces más que marcaban un sendero descendente. No tenía idea alguna de donde se posicionaba o a donde iba, seguir las raíces era lo más parecido a no estar perdido.

8

¿De verdad esto era todo? Se preguntó, era preferible pensar eso a aceptar que no tenía ni idea de a dónde se metió. Esperaba más que un lugar negro. Buscó entre sus herramientas y le dio un vistazo a su medidor de profundidad: mil metros, marcó.

—Roto —dijo para sí mismo.

Aun cuando bien sabía que esas cosas no se rompen, era desagradable pensar que caminaba a un kilómetro bajo la civilización. Una corriente de aire le refrescó el pensamiento, abrió la nariz para respirar el poco frescor que el casco y el pasamontañas le permitían.

—¿Aire...?

A un kilómetro bajo tierra no hacía sentido alguno. Lo siguió, así, a lo lejos encontró un pequeño orificio por donde pasaba un solo pilar de luz. Le dio unos golpecitos al muro, era un tanto delgado, se alejó un poco y se impulsó para derribarlo con su peso.

9

El césped del campo le dio la bienvenida, el frescor del aire lo abrazó en todas direcciones. Frente a él se mostraba con orgullo una gran casa hogar rodeada por cercos de arbustos. Hanninen se llenó de aire con un muy largo respiro, esto era el tipo de cosa que esperaba ver.

El sol era bloqueado por una fina capa de nubes que pintaban todo del color de la melancolía y nostalgia de un pasado que en realidad no fue tan bueno. Por si acaso checó el medidor de profundidad, marcaba poco más del kilómetro. El sol sobre él, indiferente a la profundidad, alejaba el frío de forma casi paternal. Guardó la linterna y se acercó.

“Hogar Para Niños: Sueños Del Mañana” Decía un cartel semidestruido. Un nombre desafortunado según él. Ninguno de los sueños de los niños que solían habitar esas paredes se cumplieron, a menos que alguno de ellos hubiera soñado con disparar un arma antes de aprender a leer.

En la parte de debajo del cartel habían dibujado una serie de personas de palo tomándose de la mano con enormes sonrisas, sobre ellos unas nubes, y entre las nubes un sol

sonriente. En aquel entonces llegó a pensar que si lo deseaba lo suficiente, que si dibujaba la sonrisa con demasiada fuerza, entonces se cumpliría. Ahora, más de treinta años después, resultaba sencillo aceptar que los sueños infantiles no se cumplen; a menos que alguno de ellos hubiera soñado con ser un cuarentón deprimido.

Movió los dedos con gentileza por el dibujo, borró algo del gis. Recordaba el día en que lo realizó: un día fresco justo como este.

—¿Sabes? Me costó mucho conseguir el gis como para que lo borres.

Detrás de los arbustos secos de los alrededores se ocultaba el otro Hanninen. Media menos del metro treinta, iba descalzo, con el uniforme que obligaban a vestir a todos los niños.

El otro vio las prendas, el lanzallamas y todas las herramientas.

—¿Eres del ejército? —preguntó.

—Lo era.

Se colocó de cuclillas para observar el dibujo. En aquel entonces solía dibujarse con la sonrisa más grande; una curva, nunca vio a nadie sonreír de esa manera. Acarició una vez más por el dibujo y se llevó más gis entre los dedos.

—¡No lo borres! —dijo el otro, salió de su escondite y lo empujó con la intención de apartarlo— ¡Si lo borras no se cumple! —repitió.

Hanninen se levantó mientras su otra versión reparaba las sonrisas que borró con los dedos.

—¡Si lo borras no se cumple!

Hanninen observó el orfanato a la distancia. Para llegar a él tuvieron que cruzar por el patio, donde encontraron varios niños desnutridos a los que se les veían los huesos. Entonces se dio un vistazo a sí mismo, en aquel tiempo su pelo negro solía verse en un tono café a causa de la mugre y los piojos.

—Los adultos se fueron hace mucho —dijo el otro.

Ya lo sabía.

—Solo quedó el director, pero no ha salido de su oficina en días.

También recordaba eso. En el patio tenían sus resbaladillas descoloridas, sus sube y baja oxidados y sus columpios. Las horas que pasaba jugando con los otros niños era lo menos malo que recordaba.

Abrió la puerta, lo primero que notó fueron las inmensas ramas que colgaban del techo como lianas y otras más que atravesaban las paredes. El piso se encontraba destrozado, desparejo, con zonas levantadas por raíces que brotaban en todas partes; infestado como un invernadero.

Todo era el verde de las hojas y el café del orfanato, era imposible caminar sin pisar alguna raíz.

—¿Dónde está la oficina del director? —preguntó, no recordaba ese detalle.

El otro lo guio escaleras arriba hasta el último piso. Mientras más subían en el edificio las ramas se volvían más grandes y densas. A

causa de las espinas lo mejor era andar con cuidado, faltaba apretarse para pasar entre los angostos pasajes, apartaba las hojas de su rostro y levantaba bien los pies para no tropezar con alguna rama.

Lo encontraron al punto del derrumbe, las flores, ramas y raíces destruían todo, y al mismo tiempo lo mantenían unido.

—Es aquí —dijo el otro—, el director no responde cuando lo llamamos.

Pegó un oído para escuchar algo. Ya se imaginaba lo que encontraría dentro, antes de derribar la puerta observó al otro.

—Dame espacio, no quiero que veas esto —dijo.

El otro lanzó un suspiro al aire y se fue a sentar a las escaleras a observar a Hanninen en la distancia. Levantó la pierna y derrumbó la puerta con una patada de su bota. El director se voló el cerebro de un disparo, el casquillo de la bala seguía entre las flores en el suelo junto con el revólver que su mano muerta no pudo sostener. Por el techo entraba un hilo de luz por el agujero que hizo la bala.

La habitación se conservaba infestada de flores y ramas, con sus hojas congeladas en su posición, ignorantes de Hanninen. Él tuvo que obligarse a sí mismo para caminar dentro. El director tenía la cabeza inclinada, la boca abierta y las manos caídas de cada lado de la silla. Por el agujero en su nuca salían brotes que llegaban hasta el techo para después expandirse por el resto del complejo. Otras raíces más salían de los

dedos y se incrustaban en los cimientos. Su cadáver permanecía al punto de la podredumbre, afortunadamente para él las flores ocultaban el olor. Era un cuerpo deforme, y flores. La habitación era una caja de flores.

Por el escritorio encontró los restos de varios papeles que revisó, en ellos no encontró nada que no supiera o no hubiera deducido hace años. Uno de ellos, el último que leyó el director antes de abandonar a los niños, indicaba que a causa de los recientes conflictos armados en los que se vio envuelto el país, el ejército de la nación se veía “obligado” a recurrir a los niños sin padres. Las bajas de las unidades crecían en cada momento, era necesario recurrir a aquellos que nadie extrañaría. Necesitaban todas las manos disponibles, incluso si dichas manos no tenían la fuerza para cargar un rifle.

10

Luego de descubrir el destino del director, Hanninen y el otro se dirigieron al comedor del orfanato. Al igual que el resto del edificio, se hallaba infestado por las flores y las ramas del cuerpo del director. Por el techo varios pájaros hicieron sus nidos, volaban de un lado al otro sin prestarle atención alguna a nadie.

Miró al resto de los niños a través de la ventana junto a la mesa donde se sentaron. Nunca los volvió a ver, ni siquiera recordaba sus nombres. Siendo realistas lo más probable era que la mayoría no llegó a ser tan viejos como lo era él ahora.

El lanzallamas y su tanque de oxígeno los retiró para descansar la espalda. Abrió una lata de sus provisiones con su cuchillo y se la entregó al otro, él dibujaba con su gis sobre la mesa, la misma escena: personas de palo con sonrisas pasando un buen rato. Era extraño que pudiera dibujar algo que nunca vio.

—Come —dijo.

El otro dejó su dibujo y miró la lata.

—¿Es para mí? —preguntó— No se supone que tenga que aceptar cosas de extraños.

—No soy un extraño —contestó—. ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—Desde que se fueron los adultos.

Hace una semana, recordó. Se levantó de la silla y caminó hasta la cocina en busca de alguna cuchara o tenedor. No encontró más que la inmundicia de los platos, las ollas regadas, y flores. Las cucarachas formaban allí su hogar.

—¿Sabes dónde puedo encontrar una...?

Al regresar con el otro vio que este comía con las manos.

—Ah, como sea.

—¿Desde dónde vienes? ¿Por qué tienes esa ropa tan rara?

—Soy... —respondió y pensó en una respuesta que un niño pudiera entender— Soy tu ángel de la guarda.

—Los ángeles no existen —respondió sin dudarle un segundo.

Continuó con su comida.

—No, pero soy lo más parecido a eso.

Él volvió a observar por la ventana. Después de conocer a Dreijer olvidó lo que era tener hambre. Solía ser buen cocinero, eso o era que a los ojos de él todo lo que Dreijer hiciera era lo correcto.

Recordarlo no fue buena idea, sus ojos se irritaron y ese bulto en su garganta regresó. Tuvo que retirarse el casco y el pasamontañas para pasarse las manos por el rostro. Dreijer sabría cómo quitarle este peso de la espalda, y al volverlo a recordar se sintió peor. Se limpió la nariz e intentó recobrar la compostura, no sería bueno si el otro Hanninen lo veía tan destrozado.

—¿Por qué tan triste?

Cualquier persona tenía la capacidad de saber cuánto le pesaba el alma sin importar si lo conocían o no. En cierto sentido caminaba con el alma desnuda. No importaba que tan apática pusiera la cara, ni que no hablara con nadie o fingiera no interesarse por nadie en el mundo. La máscara se derrumbaba a la primera palabra, y quedarse callado tampoco ayudaría en nada.

11

—¿Qué buscas? —preguntó el otro Hanninen.

—Un pasadizo, o algo parecido.

Bajaron al sótano del orfanato, infestado por las raíces, las flores y la humedad. Buscaba con su linterna alguna manija, algún piso falso que le permitiera descender.

—¿Has visto algún agujero por aquí, algo como una cueva? —preguntó.

—Eh, no.

No tenía idea de cómo continuar su camino. Lo único que se le ocurría era regresar a ese lugar oscuro de donde vino y buscar un pasadizo que no hubiera visto antes.

Desde el exterior llegó un sonido familiar a sus oídos, el motor de un vehículo. Hanninen agarró al otro de su delgado brazo para que no se separara y regresaron al nivel superior. En el patio se detuvo un camión militar de los que Dreijer conducía. El mismo vehículo que se llevó a él y los demás hace tantos años.

—¿Soldados...? —preguntó el otro, asomaba los ojos por la ventana— Creo que vienen a ayudarnos.

—No, desde luego que no —respondió y jaló del brazo al otro.

—¡Ay, me lastimas! ¿A dónde vamos?

Subieron al segundo piso, al dormitorio.

—Tienes que esconderte, tenemos que ocultarte.

—¿De quién? ¿Por qué?

Hanninen se notaba agitado, respiraba rápido y superficial al ver que tenían compañía.

—Si esos tipos te llevan van a arruinarnos la vida.

—¿Arruinar? —preguntó extrañado.

En uno de los dormitorios había un pequeño mueble al punto del colapso, serviría para ocultarse.

—¿Cómo van a arruinar mi vida? — preguntó el otro— Si esos tipos no me llevan en el futuro no habré conocido a Dreijer.

Dejó de moverse, observó al otro, ninguno de los dos avanzaba.

—Solo cállate la boca.

Jaló al otro Hanninen hasta el mueble y lo metió dentro.

—No hagas ruido —dijo sin estar seguro a quien de los dos se refería.

Preparó su lanzallamas y regresó al pasillo fuera de los dormitorios. En el exterior tres soldados ayudaban a los niños a subir. De vez en cuando los recordaba, las mentiras, como les dijeron que se harían cargo de ellos.

—Ve por los que queden dentro —le dijo uno de los soldados a otro.

Este asintió y caminó en dirección al orfanato. Algunos de los niños se negaban a irse, se abrazaban de los tubos de los juegos con sus delgadas manos. Era necesario arrancarlos como garrapatas de la piel de un perro, eso eran hasta que demostraran lo contrario.

—¿Hola? Venimos a ayudarlos.

Hanninen se ocultó en las escaleras, no sabía que planeaba hacer, nunca lo supo. Lo que sí sabía era que si estos soldados se llevaban a los niños sus vidas terminarían mucho antes de lo esperado.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —repetía.

Él apretó su lanzallamas en las manos y salió de su escondite para mostrarse frente al hombre, se volvían a ver después de tanto tiempo. El

soldado lo vio, un tipo con un uniforme que todavía no se inventaba; desenfundó su pistola y disparó contra Hanninen al mismo tiempo que él apretó el gatillo y bañaba al tipo en combustible. La bala golpeó contra la pared tras él, el sujeto cayó de rodillas envuelto en fuego.

En el exterior, los otros dos soldados escucharon la agonía de su compañero, cerraron el camión para que los niños no huyeran y corrieron en su ayuda.

Los recibió con una llamarada que ambos esquivaron al lanzarse a un lado. Uno de ellos sacó su pistola y vació el cargador en contra suya. Él se ocultó de nuevo tomando la esquina de las escaleras como barricada, las balas dejaban hoyos en la pared a su espalda.

Aprovechó mientras los dos tipos recargaban, puso un pie delante, apuntó el lanzallamas y oprimió el gatillo. Ahora eran dos los desdichados que ardían. El tercero y último logró rodar sobre sí mismo y escapar del calor. Se puso de pie y corrió fuera del orfanato en dirección al camión. El calor lo abrazó por la espalda, desconocía que la llamarada de un lanzallamas alcanza varios metros.

Cayó al suelo, los niños del camión lo veían dar vueltas y vueltas hasta que dejó de moverse. Su cuerpo quedó boca arriba en el patio, con la ropa achicharrada a excepción del pasamontañas que vestía.

Hanninen inhaló y cerró los ojos. Amarró el lanzallamas a su costado usando las correas de su chaleco y caminó al camión con los niños.

Ellos ni se inmutaban, teniendo en cuenta los tiempos que pasaban y que vivían en un orfanato, era difícil sorprenderse. Abrió la puerta.

—Bajen —ordenó.

Dentro del camión iban todos amontonados, con algunos sentados encima de otros. Miraron el cadáver en llamas y después a Hanninen. Sin intermediar palabras bajó el primero, seguido de cada vez más niños. Estos se dirigieron en silencio hasta el orfanato, donde terminarían por encontrar los otros dos cadáveres consumidos.

Una vez a solas en el exterior, se dirigió hasta los juegos del patio, allí se sentó en uno de los asientos del carrusel giratorio. Se llevó los codos a las rodillas y la cabeza a las manos. Así se quedó un rato en silencio, sollozando sin sollozar.

—Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó el otro.

Se sentó en el asiento frente a él, con el volante del carrusel en las manos girándolo a la izquierda y a la derecha. Hanninen abrió sus ojos irritados.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, teniendo en cuenta que mataste a los hombres que nos iban a sacar de aquí, en teoría condenaste a la mayoría a morir de hambre.

Hanninen agachó la cabeza al tiempo que dejaba salir una risa de derrota.

—¿Estás listo?

—¿Para qué? —contestó.

—Para seguir descendiendo. No puedes quedarte aquí mucho tiempo, si lo haces, terminarías como esos sujetos —dijo y señaló al cuerpo del soldado en el juego.

Se acercó a él y le arrancó el pasamontañas. No tenía rostro, ni ojos, ni boca, solo semillas. Su cabeza era hogar de cientos de semillas de girasol ordenadas en un patrón simétrico y perfecto que se expandía por la totalidad de su carne; su piel deforme y levantada por todas esas semillas que exigían un lugar en él. En los bordes de cada una contaba con el rojo de sangre seca.

—Mientras más sigas descendiendo este lugar te dará lo que quieres —explicó el otro, girando en el carrusel—. Solo tienes que estar consciente de una cosa, te dará lo que de verdad quieres, no lo que tú *crees* que quieres.

—Estoy... ¿Esto es el búnker? —preguntó.

El otro se rio.

—¿El qué?

Hanninen le dio otro vistazo al hombre con cabeza de girasol.

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo sabe lo que de verdad quiero?

—Ya lo sabe de antemano —respondió el otro—. Además, ya no hay forma de volver, no tienes otra opción que llegar al fondo.

—¿Qué pasa si me quedo a medio camino?

—Lo descubrirás a la mala —contestó—. Si yo fuera tú me apresuraría.

—Bien —dijo, respiró tres veces antes de retomar la compostura—, ¿qué camino tengo que seguir? ¿Por dónde voy?

—¿De verdad me preguntas eso?

Señaló a espaldas de él. Donde antes se ubicaba el orfanato ahora había un enorme agujero a las profundidades. Era imposible ver dentro, la luz del sol o su linterna eran inútiles. Ni siquiera se cuestionó como apareció en primer lugar, le era irrelevante.

En uno de los costados del agujero contaba con una polea, sin darle más vueltas ató una cuerda de sus herramientas y se aseguró con cuidado de que esta vez no se rompiera. El otro se limitó a verlo desde el carrusel.

Apretó la cuerda entre sus manos y se preparó para bajar, antes de partir de este lugar lo observó.

—Una última pregunta —dijo—, ¿qué eres?

El otro sonrió.

—Soy tú, idiota.

Hanninen solo asintió sin decir nada, y comenzó su rapel.

12

Caminó cerca de cuatro horas a través de la oscuridad por el sendero que marcaban las raíces. Cada ciertos metros topaba con un árbol abandonado en medio del vacío. Tenía las piernas temblorosas de tanto caminar, en cualquier momento se le rajaría un pie, así que decidió tomarse un descanso.

Uso la madera de uno de los árboles cercanos para hacer una fogata, en esa parte de las profundidades el frío se notaba más. Gracias a las prendas que llevaba era irrelevante aún.

Se quitó el casco y lo dejó junto a él. Para descansar se retiró los tanques de la espalda y se acostó junto al fuego. Con la espalda liberada checó el medidor de profundidad: tres kilómetros, marcaba.

Descansar en medio de la nada no era algo a lo que no estuviera acostumbrado. En los tiempos de conflicto solía ser común que tuvieran que improvisar un campamento en los lugares disponibles: en medio de los bosques, de las montañas, de los escombros de alguna ciudad, dormir en líneas enemigas no era algo nuevo. Además, si bien su fogata no lograba penetrar en lo negro a su alrededor formaba un oasis de color en el vacío donde navegaba.

Durante un largo rato se quedó así, acostado. A pesar de las advertencias del otro Hanninen no bastaba con caminar hasta el fondo del agujero, de hacerlo terminaría por llegar sin piernas.

Yacía tan cansado de caminar que en contra de su consciencia se quedó dormido, entre largos parpadeos dejó de parpadear.

Soñó con Dreijer, con aquella vez que después de meses de muerte a los sobrevivientes les dieron tres días de descanso. Escuchó un pitido. Esos tres días los usaron para visitar el lago a kilómetros del cuartel. Recordaba el agua fresca y como Dreijer amarró una cuerda a un árbol para columpiarse como si fuera veinte años más joven y treinta kilos más ligero. Durante tres días pudo imaginar la vida que

tendría una vez todo aquello terminara. Escuchó otro pitido.

También aprovecharon para visitar la ciudad más lejana a la frontera, aunque fuera por un solo día. Allí eran desconocidos para el mundo, ser otras personas, y por un solo día fingir fue innecesario. A sus cuarenta y tantos años de vida nunca fue parte de la sociedad civil, le bastaron tres días para comprenderlo. En compañía de Dreijer todo fue irrelevante, lo hizo hacer las paces con el no ser nada para el mundo, ese sentimiento entre el mundo y Hanninen era mutuo. Escuchó un pitido.

13

El detector de oxígeno le advertía que iba a asfixiarse. Abrió los ojos, todo era tan borroso, la cabeza no dejaba de darle vueltas. Se descubrió la nariz del pasamontañas, sujetó su máscara de oxígeno y la pegó a su rostro. Respiró.

Tragó tanto aire como pudo y revisó sus aparatos. En el detector de oxígeno parpadeaba un pequeño led rojo que indicaba que no era seguro respirar, el medidor de profundidad marcaba que se localizaba cinco kilómetros bajo tierra.

Despertó en la tina de un baño en la que apenas cabía. Del techo colgaba un solo foco amarillo y enfermo, la humedad era insoportable. Con bastante dificultad salió de la bañera, seguía con la cabeza debajo de una capa de bruma, sin estar seguro de cuánto tiempo

estuvo sin oxígeno. Le dolía todo el cuerpo por la posición tan incómoda en la que despertó. Sobre todo el brazo, que le ardía como un carajo.

Inhaló, y exhaló. El baño solo tenía su tina, su retrete, un tocador y la ropa regada junto a un cesto. Inhaló, y exhaló. El oxígeno fresco del tanque lo llenaba por dentro como combustible. Encontraba el lugar calmo, ningún ruido del exterior, lo único en sus oídos era el sonido de su propia respiración. Inhaló, y exhaló.

Abrió la puerta a un apartamento a oscuras, lo primero que hizo fue abrir las cortinas. Era la casa de un hombre soltero, concluyó, en un último nivel de algún edificio en una ciudad que no reconocía. Un cielo nublado bloqueaba el sol, todo se pintaba de un gris uniforme. Inhaló, y exhaló. Revisó su medidor de profundidad una vez más para comprobarlo, efectivamente, cinco kilómetros bajo tierra.

En la sala tenía un solo sillón con manchas de origen desconocido, una televisión de tubo y un mueble con un sinfín de cosas más que Hanninen no tenía la claridad para revisar.

Trató abrir la puerta para salir, la encontró bloqueada con llave. Los espacios que quedaban entre la puerta y la pared fueron sellados con cinta adhesiva.

Al dueño del apartamento lo ubicó sobre la cama acostado sobre su lado derecho de cara a la pared, con la espalda a la puerta y a él. No tardó mucho en comprender quién era el extraño.

El otro daba la impresión de dormir. Hanninen se quedó en el marco de la puerta, no lo despertó ni se acercó a verle la cara. Gracias a su tanque de oxígeno no detectó la peste a podrido de la casa. El otro se veía bastante delgado; sin camisa, cubierto de la cintura hacia abajo por la sábana de la cama.

Regresó a la sala y se sentó en el sillón con manchas extrañas. Por las esquinas ubicó varias cajas con las pertenencias del otro, sobre la tele tenía un reproductor de DVD. En el espacio junto a él en el sillón encontró un portadiscos debajo de un cojín inmundo. Todos y cada uno de los discos eran simples películas pornográficas. Inhaló, y exhaló.

El dolor de su brazo le recordó su lugar; le llegó un piquete agudo en el lado interno del músculo.

—*Agh* —soltó a través de su máscara de oxígeno.

Los discos cayeron al suelo, se sentía igual que un cuchillo. Se puso de pie y se tambaleó hasta el espejo del tocador en el baño. Cada movimiento era el dolor de una aguja. Se levantó la manga del abrigo que vestía para ver de qué se trataba. En el brazo izquierdo le nació un brote.

Pequeño, de apenas un centímetro de altura, con unas raíces que se extendían por la capa superior de la piel. Hanninen se ahogó con su propia saliva. Apretó el brote con la punta de los dedos, lo único que logró fue que el dolor se le expandiera por todo el cuerpo. Luchó contra sí mismo para no arquear la espalda.

El pequeño brote contrastaba con lo pálido de su piel, con la mugre de la habitación. Se sentó con la espalda en la pared, supuso que sus gritos despertarían al otro Hanninen y vendría en su ayuda. Una idea imposible, en realidad.

Si de alguna manera el brote resultaba estar conectado a sus nervios se arrepentiría de arrancarlo. Apretó los dientes y jaló, al instante liberó un sollozo de su interior. A pesar de ser un cuarentón con toda una vida de experiencia militar, el dolor era tan primitivo, tan abismal, que su rostro se pintó de rojo y las lágrimas le humedecieron la máscara de oxígeno. Inhaló, y exhaló.

Su piel se abrió, las gotas de sangre mancharon la loseta sucia y amarillenta. Fue como jalar una cuerda enterrada en la tierra, a medida que tiraba del brote su piel se separaba como una costura, como un zíper, cediendo poco a poco, desgarrando desde dentro.

Gritó con todas sus fuerzas, lo minúsculo del brote no concordaba con el dolor. Las largas raíces del brote llegaban hasta el lado exterior del bíceps, desde la mitad del antebrazo a la mitad del bíceps le quedó una línea roja producto del desgarro.

Soltó el brote, este cayó al charco de sangre, luego se levantó a lavarse con el lavamanos. Una vez limpió la herida la envolvió con una venda larga que llevaba entre sus herramientas. Olvidó empacar algo de aspirina, hasta ese momento se dio cuenta. Al asegurar la venda un crujido

recorrió toda la casa, todo bajo sus pies se movió y Hanninen terminó por caer.

¿Un terremoto? Pensó. Se fue la luz, sacó su linterna para observar como por debajo de la puerta se arrastraban dos raíces hasta su dirección. Se levantó, pero volvió a caer al resbalarse con la sangre. La casa no dejaba de crujir, por un momento llegó a preocuparse que toda la construcción se fuera a venir abajo. Más raíces pasaron por el contorno de la puerta con la intención de consumirlo al tiempo que las paredes y el piso se partían. Antes de que lograran llegar a él empuñó su lanzallamas y dejó salir el fuego. En el exterior del baño se escuchaba un desorden, la única forma de comprobarlo era salir. Otra vez se tambaleó, le cayeron unos pedazos de techo en los hombros y tumbó la puerta de una patada.

Observó el apartamento en la penumbra, destrozado. En el centro de la sala creció un enorme árbol donde solía estar el sillón con manchas. Sus raíces se expandieron por el apartamento, flores crecían y se levantaban con orgullo por las grietas, con sus hojas flotando de un lado al otro.

Avanzó un poco, y el apartamento se tambaleó como si no fuera más que una casita de palos. Los muebles quedaron destrozados con algunas ramas enrollando los trozos de madera que quedaron de ellos.

La única luz que atravesaba la penumbra eran los hilos de luz que pasaban a través de las grietas de una de las paredes. El resto de la casa

era un crepúsculo, putrefacción, ramas, raíces y flores. Flores que lo seguían con la mirada, ahora que lo encontraron no iban a dejar que se marchara.

Se tambaleó hasta la habitación del otro. Allí encontró su cuerpo en estado de descomposición. Igual, acostado con la espalda a la puerta. Caminó hasta rodearlo, en esta ocasión ni siquiera la máscara de oxígeno lo salvó de la pestilencia. Al cuerpo de este Hanninen era posible verle la columna a través de su piel podrida. Verse a sí mismo en esa condición no era del todo agradable, con la piel verde oscuro, la cama manchada y hundida y las sábanas tiesas.

Tenía los párpados levantados, en las cuencas solo flores. Una de las manos caía por la cama, con la otra lo último que hizo fue taparse la boca. Junto a la cama quedó un frasco de antidepresivos sin ninguna pastilla.

Dio un paso al frente, se aguantó el asco y retiró la sábana tesa que lo cubría. Tenía el vientre reventado, en lugar de sus órganos descompuestos dentro le habitaban flores. Las flores lo observaron y sonrieron en su presencia, una de ellas acarició la cama con sus pétalos casi como una invitación para recostarse.

14

Se apresuró a la puerta del apartamento, está la encontró bloqueada por las ramas. No perdió más el tiempo y usó su tanque de oxígeno como ariete, derribó las puertas luego de tres golpes.

Frente a él se mostró el resto del complejo, justo al salir escuchó una voz provenir de su espalda.

—Hanninen.

Era su propia voz. Abrazó el lanzallamas entre sus manos y regresó a la habitación del cadáver, para su desgracia el cuerpo se había ido.

En la cama solo quedó el hundimiento donde el cuerpo solía descansar y las manchas negras producto de sus líquidos y entrañas. Observó en todas direcciones en busca del cuerpo, no encontró señales. Levantó la cabeza, en el techo ubicó un agujero, una grieta, por donde el cadáver escapó.

Lanzó una llamarada a la cama, quemó todo, la cocina, el baño, la sala y todas las raíces y flores de por medio. Las flores ni se inmutaron, hasta cierto punto les resultaba divertida e infantil la forma de reaccionar de Hanninen, ellas solo aceptaron el fuego y dejaron que sus pétalos se convirtieran en cenizas. Él no se marchó hasta asegurarse que todo lo consumiría el fuego, después descendió por las escaleras del edificio con dirección a la calle. La construcción figuraba a punto de caerse, en algunas partes las paredes se agrietaban y las escaleras crujían con el peso de Hanninen.

Por su espalda le llegó el sonido de alguien arrastrándose, se giró y jaló el gatillo. Pero allí no había nadie. A medida que se acercaba a la superficie las flores aumentaban, pintaban todo de decenas de colores y tonos. Si no viniera huyendo de su propio cadáver se tomaría un

solo segundo para pasar una mano por los pétalos.

—Hanninen —dijo el otro.

Algo de polvo le cayó sobre los hombros, lo observaba desde el techo, usaba sus ramas como las patas de una araña, desgarrando su piel podrida a cada movimiento. Jaló el gatillo para quemarlo, antes de ser alcanzado el otro estiró sus apéndices y huyó por la misma ruta por donde Hanninen esperaba escapar.

15

Al salir al exterior se dio media vuelta, quedó inmóvil al ver que el lugar de donde salía era una simple casa abandonada. El cielo era bloqueado por nubes oscuras cargadas de agua y un fuerte viento que estremecía todo.

—Debimos hacer esto hace mucho —dijo el otro.

Se dio la vuelta, el otro descansaba acostado en el suelo, no se interesaba en el estado podrido de su cuerpo. Uno de sus brazos se asimilaba más a un ramo de flores o un injerto, lo levantó frente a su rostro para observarse. Los pétalos se agitaban con el viento que los rodeaba, el otro pasó los dedos por ellos con cuidado de no arrancar ninguno. Hanninen preparó el lanzallamas y jaló el gatillo, al instante una colosal pared de viento arrastró lejos el fuego.

De la tierra salió una raíz que le atravesó la planta del pie, Hanninen lanzó un grito de dolor puro, perdió el equilibrio y cayó al piso. La raíz creció hasta enrollarse en su pierna, entre

quejidos trató de arrancarla con las manos. Fue ya demasiado tarde y la raíz le partió el hueso. Gritó.

—Hanninen —dijo el otro—, no hay diferencia entre estar vivo y muerto si igual a nadie le importas.

Él estiró la mano para empuñar su lanzallamas, al momento de rozarlo con la yema de los dedos una raíz más brotó del terreno y le atravesó la muñeca. Por su parte la raíz de su pierna se multiplicó hasta llegar a la rodilla y romperla.

Si el otro tuviera ojos, lloraría. Sus palabras eran honestas en cierto sentido. El resto de flores rodearon a Hanninen y expandieron sus ramas sobre su cuerpo. Una de ellas le nació en el vientre, desde el ombligo, llevándose parte de sus intestinos fuera. Lo único a su disposición era retorcerse. La presión de las ramas le partieron también el brazo y una raíz gruesa le desgarró los dedos hasta separarlos del cuerpo.

Los brotes se extendieron por su rostro y las flores comenzaron a crecer a través del pasamontañas. Una de dichas ramas hizo que se le cayera el casco, una más le arrancó la máscara de oxígeno. En uno de los ojos le nació un brote que extendió sus raíces a lo largo y ancho del globo ocular, se llenó de sangre al instante y una lágrima carmesí le recorrió la mejilla.

Luchar contra las raíces que lo despedazaban era inútil, de cada uno de los desgarros de su piel brotaban flores que ocultaban las heridas como si de maquillaje se tratara. La raíz de su pierna la

desgarró hasta arrancarla, la de su brazo le rompió el codo, la de su garganta le cortó la respiración. El brote de su ojo reventó su globo ocular, su otro ojo salió expulsado de la cuenca a causa de una flor que le nació desde dentro. Todo mientras el otro miraba al cielo sobre su cama de flores, en espera que las nubes dejaran de bloquear el sol.

Flores blancas, azules, rosas, moradas y de todos los colores pintaban todo del color de la vida, ocultaban la sangre o la utilizaban para alimentar sus raíces. El otro levantó la mano con la intención de arrancar las nubes. Hanninen solo gritaba al sentir su piel separarse del músculo, su carne ser desgarrada y su ser desmembrado.

—Lo siento, Hanninen, lo único que quiero es ayudarte a alcanzar a Dreijer.

Sus dedos se volvieron ramas; sus piernas, las raíces que lo conectaban a la superficie; su vientre y órganos se llenaron de flores y semillas. Su ser se convirtió en un campo en sí mismo. Nunca esperó morir de esta manera, solo, con la duda de si su vida valió la pena de ser vivida. Entonces recordó a Dreijer, y toda duda desapareció. Las raíces de su garganta crecieron, empujaron los hombros abajo y la cabeza hacia arriba, se hizo una corriente de sangre que lo puso pálido. Era extraño sentir la sangre salir de un hoyo en su garganta. ¿Entonces así se sintieron los tipos degollados durante la guerra? Se preguntó. La peor parte era estar consciente que iba a morir, y que después de hacerlo de su

cuerpo solo quedarían flores. Al final, su cabeza fue cercenada.

16

No recordaba qué día fue, recordaba que fue cerca de la media noche. Hanninen se levantó de la cama en la habitación personal de Dreijer, cuatro paredes en las que apenas cabía. A pesar del cansancio y de tener horas de llegar de un conflicto armado, no lograba cerrar los ojos y dormir, faltaba algo. Todavía le pitaban los oídos a causa de las balas y las explosiones, aún cargaba con el sabor metálico en la boca y el lodo por el cuerpo.

Los pasillos los encontró desiertos con solo algunos hombres de intendencia. Se dirigió al sótano del cuartel en dirección a la sala de lavandería.

—¿Necesitabas algo? —Dreijer le abrió la puerta antes de que tocara.

—¿Cómo supiste que era yo?

—Reconocí tus pisadas.

Entró y cerró la puerta tras de él. Por la sala había varias filas de lavadoras, a metros de ellos había también algunos otros ayudantes más, unos doblando la ropa, otros llenando lavadoras. Él siguió a Dreijer hasta llegar a la lavadora donde realizaba su servicio.

—¿Por qué no estás dormido? —preguntó Dreijer— Te vi acostado en la cama y no quise despertarte.

Dreijer vestía su uniforme regular, sudado y arrugado, a diferencia de él que iba en shorts y

camisa de tirantes. Dreijer cargaba dos grandes ojerás, se le veía bastante demacrado, casi a punto de dormirse de pie.

—¿No puedes dormir? —preguntó.

—Pensé que tú también ibas a descansar —contestó Hanninen.

—Acabó de llegar hace como veinte minutos, cuando llegué me mandaron acá. —Agarró un cesto de ropa cercano y lo vació en la lavadora—. Supongo que no puedes ganar una guerra oliendo a cola.

Él solo sonrió, se acercó a Dreijer y le quitó el cesto de las manos para vaciarlo el mismo. Dreijer no se quejó, abrió la boca para dejar salir un largo bostezo.

—¿Por qué no te vas a dormir? —preguntó, abrió el agua de la lavadora y agregó el jabón— Puedo terminar esto yo.

Dreijer se quedó en silencio.

—El día que nos lleguemos a largar de aquí —comentó Dreijer luego de un rato—, no quiero tener que volver a lavar ni manejar un vehículo. —Sonrió.

Le regresó la sonrisa.

—Mh, puedo hacer eso yo.

—Lo sé, por eso lo digo.

Dreijer volvió a bostezar, dio un saltó para sentarse encima de una de las lavadoras cercanas.

—También he pensado otras cosas...

—¿Cómo qué? —preguntó.

—Todo, en general. Cuando dejemos esto tendré que buscarme algún trabajo. No sé,

reparar electrodomésticos, quizá. Algo por el estilo, sencillo.

Hanninen pulsó algunos botones de la lavadora, junto a la máquina una secadora lanzaba una serie de pitidos.

—¿Crees que alguien me contrate? ¿Crees que alguien le dé una oportunidad a un anciano, viejo, decrepito, miserable y bueno para nada como yo?

Hanninen se rio. Abrió la secadora para sacar la ropa limpia y meterla a un cesto vacío.

—Dreijer, tienes cuarenta. Dudo mucho que alguien no te contrate solo porque te estás quedando calvo.

Dreijer bostezo.

—Además —agregó—, ¿no bastaría con decirle que fuiste parte de la milicia?

—Bueno, teniendo en cuenta que en la milicia lo único que hago es lavar y conducir... yo no lo tendría mucho en cuenta. También hay otro detalle, ¿cómo te vas a llamar?

—¿Mi nombre? Pues Hanninen.

—Sí, a lo que me refiero es que siempre fuiste huérfano, ¿cómo sabes que ese es tu nombre?

Dejó las lavadoras para escuchar a Dreijer, lo miró a los ojos y se encogió de hombros.

—Igual que con todo, solo lo sabes.

—No puedes llamarte solo así, necesitas un apellido.

—¿Y esos donde se consiguen? —preguntó con una sonrisa.

—Puedes tomar el mío, es gratis —respondió Dreijer—. Bueno, tiene un precio, aunque creo que puedes pagarlo.

—¿Cuál?

—Que no me hagas volver a manejar un vehículo.

Dreijer volvió a bostezar, los ojos se le cerraban por cuenta propia.

—Hanninen Dreijer.

—¿Por qué no te vas a acostar antes de que empieces a delirar?

—Ah, creo que ya lo estoy haciendo —contestó.

Dreijer bajó de la lavadora y se despidió de él. Él se quedó en la lavandería haciendo las tareas de Dreijer, lavar, secar y entregar. Unas dos horas después le dio fin a todo aquello.

Cansado, caminó hasta la habitación de Dreijer. A diferencia de los soldados genéricos, sin rostro, sin nombre y reemplazables como Hanninen, aquellos con alguna clase de especialidad tenían habitaciones privadas: cuatro paredes y una cama individual, al menos no tenían que compartirla con otros.

Dreijer abrió la puerta antes de que tocara.

—Tienes una forma en particular de caminar —dijo tallándose los ojos y regresó a la cama.

Hanninen cerró la puerta tras de él. Estiró la espalda y se acostó.

—¿Por qué no estás dormido?

Dreijer no respondió. Era una cama minúscula en la que apenas cabían, peor que una cama infantil, dura y con los resortes salidos.

Aun así, descansar en ese lugar del mundo era mejor que cualquier cama de rosas.

Cerró los ojos para descansar, toda la habitación olía a Dreijer. Antes de conciliar el sueño el primer ronquido de Dreijer lo despertó, él se acostó sobre su costado para observarlo en silencio. Dreijer solía dormir con la boca abierta, roncando, con la saliva escurriendo y un ojo medio abierto. Todo era irrelevante, cerró los ojos y descansó.

17

Sin querer, al darse la vuelta azotó. Lo primero fue el dolor de su pierna.

—¡Ay no, Hanninen! —dijo Dreyer.

Se apresuró a él y lo ayudó a sentarse en la cama.

—¿Estás bien? ¿Te lastimaste?

La pierna, pensó, un dolor seco y presente como una costra. Cargaba la visión borrosa, apenas distinguía las figuras y los colores. Con el tacto encontró las vendas que le envolvían dicha pierna adolorida.

—Quédate aquí, te traeré algo de agua —dijo.

Hanninen no lo reconoció, no tenía ni idea de su ubicación. Despertó en una habitación cubierta por un papel tapiz de flores amarillas, un piso brillante de madera y una cama matrimonial con una cobija azul. Había un solo closet, una televisión y una puerta que daba a un baño.

—¿Te encuentras bien?

Dreyer se paró bajo el marco de la puerta con el vaso en la mano. Vestía un pantalón de mezclilla con una camisa manga larga de botones y a cuadros, del cuello le colgaba una llave atada a un hilo. Lo observó a los ojos, Dreyer llevaba un cinto negro y botas para el campo; observaba a Hanninen con calidez en la mirada.

Se acercó y le entregó el vaso, no lo bebió; agachó la mirada confundido, hace segundos tenía la cabeza separada del cuerpo.

—¿Quién eres? —preguntó al extraño.

Dreyer se rio. A su pelo negro se le notaban las canas, contaba con una barba de candado chueca, su corte undercut y sus cejas prominentes. Se cruzó de brazos mientras le sonreía. Físicamente se asimilaba a él, rondaban la misma edad.

—Tuviste un accidente. Es un milagro que estés aquí de nuevo.

Se observó la pierna vendada, tenía algo rígido pegado a ella.

—¿Y tú? —repitió.

—Soy Dreyer, tonto.

Dreyer salió de la habitación unos segundos, volvió con un marco con una fotografía que lanzó al costado de Hanninen, en ella se veía a ambos hombres en un muelle sosteniendo entre los dos una inmensa trucha, cada uno con la mano libre en el hombro del otro, ambos sonriendo, él más que Dreyer.

Arqueó las cejas, la confusión le provocó una ligera migraña. Abrió la boca y preguntó.

—¿Estoy en el búnker?

—¿Dónde? —contestó Dreyer.

18

Salió de la habitación, era una casa de tamaño considerable hecha de tronco, con algunos cuadros colgando de clavos. El frío se le metió por la espalda y le recorrió todo el cuerpo.

—Entonces, ¿qué somos, exactamente? —preguntó al llegar a la sala.

Dreyer solo se rio y meneó la cabeza.

—Hanninen, ya hablamos eso hace como veinte años.

—¿Y dónde estamos?

—Pues en nuestra casa.

—¿Y quién eres tú?

Dreyer quiso tomarse de uno de sus hombros, él le apartó la mano.

—Pues yo diría que tu otra mitad.

En la sala tenían una chimenea con una cabeza de venado en la pared, sus sillones con un tapete en el espacio entre ellos y una mesa en el centro con una copa de vino. Se tambaleó hasta la puerta y se tomó de la perilla.

—¡No abras! —indicó Dreyer y se apresuró a cortarle el camino.

Lo sostuvo de los hombros y lo llevó hasta el sillón casi a empujones.

—¿Por qué?

—Por favor, no esperaba volver a verte, es muy pronto para que te marches.

No pudo decir nada, seguía sin entender del todo las cosas.

—Voy a prepararte algo para que te recuperes, ¿qué quieres? ¿Un filete? ¿Una sopa? No respondió.

—Haré ambos —dijo y se retiró.

Hanninen se levantó, su pierna le dolía; muchas veces en su vida transitó a través del dolor y una simple pierna lastimada no iba a detenerlo. Primero fue hasta una vitrina de madera en una de las paredes. Varias fotografías de la vida de este Hanninen ocupaban dicha vitrina. Una los mostraba en una feria con ambos sonriendo, otra más los mostraba en esa vez que fueron a hacer senderismo, otra más cuando fueron a pescar a mar abierto. Ni siquiera sabía que le gustaba pescar, al menos este tenía una buena vida. En el pasillo para dirigirse a la habitación se topó con una puerta roja, bastante parecida a las del resto de la casa, al querer abrirla la encontró cerrada al igual que todas.

Regresó a la habitación a abrir el closet, allí no ubicó separaciones, la ropa la guardaban mezclada, sin poder decir que prenda le pertenecía a quien. En el baño encontró dos cepillos, un solo peine, una pasta dental y dos toallas.

Luego fue a la cocina. Allí encontró a Dreyer haciendo justo lo que dijo: cocinar. El olor se le metió en la nariz en contra de su voluntad, era el mejor olor que experimentó en toda su vida. Dicho pensamiento lo hizo sentir culpable.

Volvió en sus pasos hasta una de las ventanas en la sala y probó a abrirla, no fue hasta entonces

que notó un pequeño candado. Recorrió el resto de ventanas, en todas se mostraba el campo y las nubes del exterior, todas cerradas con su respectiva cerradura. Buscó salir por la puerta, también bloqueada. Fue a la cocina, allí tenían la mesa y sus sillas con sus muebles y alacenas, y un extraño de nombre Dreyer con un periódico en las manos.

—¿Por qué todo está cerrado?

—Bueno, es domingo, la gente descansa en...
Le frunció los ojos.

—¿Qué? —preguntó Dreyer.

—¿Por qué están cerradas las ventanas y la puerta?

—No lo sé—respondió Dreyer nervioso—, para que no te vayas.

—¿Irme a dónde?

—No sé, ¿a dónde quieres ir?

Hanninen se retiró de la cocina y se apresuró a buscar una salida. No encontró ninguna, ninguna ventana, ninguna puerta, ningún agujero o pared para derrumbar. De tanto caminar de un lado al otro el dolor de su pierna desapareció, no se marchó del todo, sino que se volvió tolerable, como un ligero piquete o un zumbido en el fondo del cerebro.

Fue al ático en busca de sus herramientas: sus tanques, medidores y demás. En su lugar encontró más cosas de la vida de este Hanninen: ropa vieja, cañas de pescar, fotografías antiguas, documentos, herramientas para trabajar el campo y varias macetas. En su recorrido regresó de nuevo por la habitación, en el lado de la cama

donde despertó crecieron varias flores, sus pétalos se regaban por el suelo. Fue y se sentó en el sillón, no tenía salida.

19

Un rato después Dreyer sirvió la comida. Sentó a Hanninen junto a la mesa, frente a él acomodó un plato de sopa de tilapia roja y cálida con varias verduras que nadaban en el caldo. Dreyer se sentó frente a él, levantó su cuchara y bebió de la sopa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Dreyer.

Él solo asintió, ni siquiera agarró el tenedor, no planeaba comer esta comida después de todo. Aunque el olor exquisito de la carne en su punto se le metiera en la nariz, sabía que era mala idea comer la comida de un extraño, incluso si dicho extraño hubiera vivido con él gran parte de su vida.

—¿Dónde están mis cosas? —preguntó.

—¿Tus cosas?

—Mis herramientas, mis tanques, mi uniforme.

Dreyer comió de la sopa y sonrió, observó a Hanninen.

—No sé de qué me hablas. En lugar de preguntar eso, ¿por qué no comes lo que te preparé?

Tenía hambre y sabía que esta comida lo dejaría satisfecho, aun así, no tocó el plato. Lo único que comería sería el arroz seco y quemado de Dreijer.

—Necesito mis herramientas, ¿dónde las escondiste?

—Pero, ¿por qué? ¿A dónde quieres ir?

No respondió, apretó el plato frente a él y lo estrelló en la pared. Dreyer no pudo ocultar en sus ojos el dolor de presenciarlo.

—Ni siquiera sé quién eres —soltó y se levantó.

Dreyer asintió y unió las manos sobre la mesa. Sonrió al atrapar un buen recuerdo y dijo con pesadez:

—Hanninen, te conocí un día que todo iba mal... Fui al banco caminando, y a medio camino empezó a llover. Terminé todo empapado, húmedo. —Revolvió la sopa con la cuchara, tenía una sonrisa en el rostro—. Después hice fila, y allí estabas tú, delante de mí, discutiendo con el cajero. Querías abrir una cuenta, el cajero no podía hacerlo porque no tenías apellido. Tú no dejabas de discutir, y te dije: “Usa el mío”.

Hanninen puso cara de asco.

—Usa el mío. —Meneó la cabeza—. Hanninen Dreyer, supongo que te gustó, lo usaste por las últimas dos décadas.

Negó con la cabeza.

—No —dijo—, no. Hace dos décadas acababa de salir del colegio militar. En ese entonces defendía la frontera.

—¿Defenderla de quién? —preguntó Dreyer sin dejar de ver la sopa.

—De la guerra.

Dreyer levantó la vista como si acabara de escuchar una broma sin gracia, se encogió de hombros.

—¿Qué guerra?

Hanninen se levantó de la mesa para salir del comedor. Dreyer lo detuvo en la puerta con el resto de la historia.

—Después comenzaste a trabajar de techador. De hecho, tú construiste esta cabaña con tus propias manos, cuando llegamos aquí no era más que bosque. Tú fuiste quien limpió la zona, el que puso electricidad y agua. Tú construiste este hogar.

Lo observaba en silencio.

—Vivimos una buena vida, esta casa era el refugio para ambos. —Tenía los ojos un tanto lagrimosos—. Fueron buenos tiempos.

Hanninen detectó el cambio en la forma de hablar, prestó más atención.

—Un día me fui al trabajo como de costumbre en lo que tú reparabas el techo. —Negó con la cabeza—. Estabas muerto cuando te encontré, y no tuve la fuerza de llamar a los doctores. —Se limpió los ojos, miró al techo—. Pero bueno, vivimos varias décadas juntos, vivimos todo lo que teníamos que vivir. —Observó a Hanninen y asintió—. Viviste una buena vida, de verdad, y yo no esperaba volver a verte aquí.

Arqueó las cejas.

—¿Muerto?

—Hanninen, estás muerto, te golpeó un rayo.

—¿Y si estoy muerto cómo es que estas hablando conmigo?

—No lo sé. —Se limpió las lágrimas—. Quizá estoy muerto yo también. Quizás estamos reunidos en el paraíso.

Negó con la cabeza y se retiró. Dreyer se quedó a solas con sus lamentos.

20

Levantó la mesa del centro de la sala y la lanzó por la ventana, los cristales cayeron en el exterior. Se acercó allí, antes de tan siquiera cruzar algunas ramas crecieron formando una serie de varillas que le bloquearon el camino, con sus flores creciendo segundo a segundo. Ni siquiera se sorprendió. Al estar cerca de las flores un dolor como un piquete le recorrió la pierna.

—¡*Agh!* —soltó por la sorpresa.

Cojeó hasta el baño, cerró la puerta con candado para asegurarse que Dreyer no entrara y se sentó en el retrete para después quitarse las vendas de la pierna.

Una raíz, pulsante, le iba desde la mitad del muslo hasta debajo de la rodilla. Quedó petrificado, tocó con las yemas de los dedos; madera pegada al cuerpo. Flexionó un par de veces para comprobar como la raíz se doblaba junto con su rodilla, se adaptaba a él con tal de no dejarlo.

Se quitó la camisa y los pantalones frente al espejo del baño, se dio la vuelta, se giró, busco por sus brazos, piernas, espalda, detrás de las

orejas; cualquier indicio de otras flores creciendo en su ser.

Para su desgracia encontró un brote más en su cuello, este era minúsculo, de menos de cinco centímetros. Apretó el pequeño brote con la punta de los dedos y tiró de él, rechinó los dientes del dolor, y la flor se negó a irse. Ahora, en silencio, se observó el antebrazo y la venda que le colocó al arrancarse el primer brote. Con los nervios en la garganta la retiró, ya sabía lo que iba a encontrarse. Y no se equivocaba, el brote de su antebrazo regresó. Pequeños pétalos aplastados por la venda se mostraban con sus tonos amarillos.

—Tus cosas —dijo Dreyer—, están en el sótano, la puerta roja.

Pasó la llave que le colgaba del cuello por debajo de la puerta. Apenas y pudo escucharlo, él se concentraba en las flores que se tomaban su tiempo para crecer en él.

Levantó la llave y se dirigió a la puerta que llevaba al sótano, de Dreyer no había señales. Metió la llave y abrió, la puerta daba a unas escaleras descendentes.

El sótano era un jardín a oscuras, cientos de flores lo usaban como su hogar, todas vigilando en todo momento su próximo movimiento. Por el suelo se notaban enormes raíces moviéndose en zigzag, orgánicas, como los tentáculos de un pulpo. Las flores en su cuerpo se agitaron al sentirse como en casa.

Caminó lento a través de dicho jardín, sus cosas tendrían que estar en el fondo de este.

Algunas enredaderas se estiraron hasta alcanzar el cuerpo de Hanninen. Eran húmedas y viscosas que lo acariciaban con genuina curiosidad pasando por sus mejillas, su cuello y su torso. No se detuvo, apretó los labios y rezó por no arrancar alguna flor y que todo se le viniera encima.

Las flores lo siguieron con la mirada, girando sobre sí mismas para quedar con sus estigmas apuntando a él. Los tentáculos crecían por los muros del sótano de la casa, palpitaban amontonados, algunos enredados como intestinos.

En el ático de la casa, Dreyer buscó aquel bate con el que solían entretenerse haciendo tiros.

El cadáver del otro Hanninen era el origen del jardín del sótano, flores pequeñas y grandes de todos los tonos del espectro, pasó la mano por ellas, se alimentaban de lo que alguna vez fue un hombre.

Sus cosas las encontró en la otra esquina. Levantó su chaleco y de allí sacó el medidor de profundidad: diez mil metros, marcaba. Detrás de él sonó un andar, al momento de girarse lo que antes era Dreyer le estrelló el bate contra el cráneo, y todo se puso negro.

21

Con él inconsciente las flores se extendieron por el resto de la casa. Las raíces rompieron todo justo como se acostumbraron a hacerlo y

reclamaron cada rincón de lo que antes era un hogar.

Dreyer se encontraba en la cocina, dejaba que las flores y los árboles lo consumieran. Primero a sus pies cayó un trozo de su cara, la inmensa corriente de sangre le manchó toda la ropa. Luego se le despegó otro pedazo del rostro, los labios, los ojos, la piel. Todo convertido en una masa guinda y húmeda.

Caminó hasta la habitación, a Hanninen lo amarró usando sus propias cuerdas. Sobre la cama, en el techo, creció una enorme amalgama de ramas y raíces pulsantes. Se expandían y contraían como si de pulmones se tratase. Lo único estable era la penumbra.

Dreyer entró, Hanninen lo observó en silencio. No pudo decir nada sobre la apariencia del cuerpo de Dreyer, se notaba bastante acostumbrado a ello. Se limpió la sangre de las manos en su pantalón. Sus piernas eran deformadas por las raíces que las torcían en ángulos imprevistos, zambo. Flores amarillas crecían de sus heridas, se refrescaban con la sangre de su huésped. No llevaba camisa, su vientre se inflamó hasta el desgarre, de la apertura crecían varias rosas de un color rojo tan vivo que ni siquiera la penumbra las apagaba. De sus brazos deformes lo único reconocible eran los dedos convertidos en alargadas ramas con flores en las puntas.

Hanninen se ahogó con su saliva.

—Pe... rd... on —dijo Dreyer—, a... veces e... a... or es o... blig... ar a... edar... se.

La amalgama sobre Hanninen se mezclaba como lombrices o parásitos. La raíz en su pierna no dejaba de palpar, ansiosa y lista. Él en lo único que se concentraba era en lo que le pasó al cuerpo de Dreyer.

Dreyer palpó sus dedos por su cara que ya no era cara. De su cabeza solo quedó la lengua y parte de la garganta. El resto era una jaula hecha de ramitas que sostenían el cerebro en su posición. Al no tener labios, ni rostro, ni nada, la voz de Dreyer se volvió gangosa y asfixiada.

—¿Sa... es? —dijo Dreyer ahogándose consigo mismo— Hay u... na... arte... e no te... onte.... No e... onte todas las e... ses que te... fui... te de la c... asa... odas las ve... es que tu... ve e... busca... e... en la cama de a... guien más. —Vomitó sangre con pedazos de su estómago, se hizo un charco.

Dreyer caminó hasta la pared frente a la cama, Hanninen tuvo que levantar la cabeza para verlo. Raíces descendieron de la amalgama y entraron por el agujero que era su garganta, otras más tomaron su cerebro y lo engulleron entre las hojas. A pesar de no tener cerebro y de tener raíces en lo que le quedaba de la garganta, siguió hablando:

—De... idi quedarme... y... aho... ra sere... ecompen... ado. Todo a... or... iene su... eco.. emsa, y ahora... odre... os... er uno mismo. —Unas arcadas le provocaron otro vomitó rojo.

La amalgama siguió estrujándose, desquebrajando el techo sobre él a punto de caer

sobre él y aplastarlo. El cuerpo de Dreyer era consumido, se mezcló con la amalgama del techo, y acabó por colapsar. Hanninen solo cerró los ojos listo para el golpe, la cama quedó destrozada bajo el peso de las ramas y raíces. No perdió la consciencia, decenas y decenas de espinas perforaron su piel, todas esas ramas intentando enrollarse en su cuerpo.

Dreijer fue la imagen que le dio la claridad para usar manos y piernas para empujar con todas sus fuerzas. No iba a mezclarse con nadie que no fuera Dreijer, ese era todo el objetivo del descenso.

Se liberó de la amalgama cubierto de pequeños cortes.

—¡Hanninen! —sollozó Dreyer a todo volumen.

Hanninen se arrastró sobre su espalda, el dolor de la pierna fue irrelevante. Corrió hasta el sótano por sus cosas. Allí las flores se agitaban molestas, varias raíces crecieron en su camino para bloquearle el trayecto. No tenía tiempo para juegos, alcanzó su lanzallamas y jaló el gatillo en todas direcciones para quemar las flores que intentaban alcanzarlo. Alrededor de él marcó un círculo de fuego, eso debería darle tiempo para colocarse el equipo; primero las botas y el chaleco. En un descuido un bulto de ramas rozó su espalda, respondió con una llamarada.

—¡Hanninen!

Dreyer entró al sótano, se arrastraba como una bola de carne podrida y flores, su mitad

inferior era inexistente, carne y flores. Apretó el gatillo para quemarlo, Dreyer dejó salir un profundo grito de dolor y decepción que le recordó que eso que tenía delante solía ser humano.

—¡E... necesito!

Hanninen se tambaleó con su equipo en dirección a unas escaleras en la esquina del sótano. Dichas escaleras daban a unas puertas al exterior, fuera de la casa.

—¡O... puedes... agarme así!

Antes de marcharse bañó la casa completa de combustible. No era necesario destruirlo todo en su partida, por si acaso lo hizo de todas formas.

22

El frío se incrustó entre su ropa y su piel, de vez en cuando le llegaban los pétalos de flores desconocidas atraídas por el aire. No tenía ni idea de adónde iba en realidad. Delante de la casa en llamas se mostraba un sendero que se adentraba al campo, no tenía opción más que seguirlo.

Bajo otras circunstancias se detendría a admirar la vista. A Dreijer le habría gustado este lugar tan sereno, además que él creció en un campo como estos, solía decir. La linterna tenía la fuerza justa para alumbrarle los pies, además de eso solo las siluetas negras en el horizonte era lo que se mostraba.

La piel le picaba, el torso lo sentía como si trajera cucarachas debajo de la ropa. La

sensación aumentó en poco tiempo, dejó de caminar un momento para corroborar su estado. Sí bien no eran cucarachas, en el torso tenía semillas incrustadas. Las tocó con las puntas de los dedos, el tacto fue como si de su propia piel se tratase.

El descenso lo encontró cerca de una hora de caminar por el campo al mismo tiempo que comía algo de sus provisiones. Con la raíz de su pierna dando la sensación de solidificarse, cada pisada era más lenta que la anterior. El descenso era un agujero en la tierra, una excavación tan profunda igual que el resto. En uno de los costados contaba con una polea donde colocó una de sus cuerdas restantes.

El frío en las profundidades era mayor que aquellos días de lluvia en las trincheras, peor que arrastrarse por el lodo, peor que esconderse entre la nieve de las balas enemigas. Alrededor todo era un negro infinito, con la ayuda de su linterna veía lo que se ubicaba frente a sus pies: nada.

Su cuerpo completo no dejaba de picar. Así, se vio obligado a talar un pequeño árbol para armar una fogata y pasar el frío. No tenía la intención de detenerse, lo único que quería era comprobar el estado de su cuerpo. Se retiró el chaleco y el abrigo. Allí vio que las semillas en su torso se multiplicaron. Desde los pectorales hasta las rodillas por delante y por la espalda. Se pasó la mano, decenas y decenas de pequeños agujeros por donde entraba el viento con sus silbidos, como las semillas de una flor de loto.

Para él fue como si el tiempo se hubiera detenido junto con sus pensamientos. Su cuerpo daba asco, y él lo sabía; rojizo, protuberante. Respiró algo de aire fresco, su garganta la sintió cálida y su boca comenzó a salivar.

Agarró su cuchillo y lo clavó en una de las semillas, estas se fusionaron con su carne. Utilizó el cuchillo para hacer palanca y levantó la semilla de su vientre, fue como levantarse una uña. Sus gemidos de dolor armonizaban en la oscuridad que lo rodeaba. Necesitó más fuerza de la que supuso, la delgada raíz de la semilla se metía en su carne al igual que un nervio. Una vez arrancada acercó la semilla a su rostro, le recordó a un girasol. Ahora en su cuerpo tenía un agujero vacío. Arrancar todas sería impensable, en lo que arrancaba una le nacerían dos.

Apretó su cuchillo y cortó la flor de su cuello por el tallo. Cerró los ojos y apretó los dientes, los apretó tanto hasta el punto de crujir. De un segundo al otro su visión volvió a tornarse borrosa a causa del dolor. Del tallo unido a su cuerpo brotó un pequeño flujo de sangre que se escurrió por su torso y las semillas; sollozó, no por el dolor, si no por todo. Se llevó las manos a los ojos y con la espalda encorvada dejó salir el aislamiento que lo consumía.

23

Debió traer algunos lentes de visión nocturna o algo por el estilo, pensó. Había muchas cosas con las que pudo descender, algo

que le ayudara con su pierna que perdía movilidad sería bueno pues avanzaba más lento con la raíz solidificándose.

Concluyó que el camino tenía que ser marcado por esas corrientes de aire gélido que soplaban desde las profundidades de la nada. De algún lugar tendrían que salir, se dijo. Si en ese momento comenzaba a nevar, a más de diez kilómetros bajo tierra, poco le sorprendería.

Hace ya algo de tiempo, con el dinero de las pensiones Dreijer lo convenció de rentar un apartamento a las afueras de la ciudad en lo que comenzaba el próximo conflicto armado. Era una casa que se caía a pedazos, se colaba el aire, le faltaba un trozo de techo, el sótano apestaba a podrido y tenía las ventanas atoradas; un lugar de su propiedad.

Dreijer tocaba su guitarra de bazar recargada en una de sus rodillas en la sala. Junto tenía la chimenea encendida, Hanninen llegó a colocar más leña, veía las notas de Dreijer volar por el aire como los pétalos, tenía esa capacidad.

Hubo una serie de pitidos, antes de continuar con el descenso se colocó la máscara de oxígeno.

—¿No tienes frío? —preguntó y se arrodilló frente a la chimenea para acomodar la leña.

—No —respondió Dreijer sin dejar de tocar la guitarra, tenía tiempo queriendo conseguir una.

De la cocina les llegó el silbido de la tetera, allí hervía agua con la que preparó dos tazas de café negro. La electricidad de la vivienda era pobre, con los focos encendidos las sombras

abarcaban más que la iluminación. Él acercó una silla a Dreijer y le dejó su taza sobre esta.

—Gracias.

Solo le sonrió y se sentó en el sofá en las cercanías a calentarse con el fuego, Dreijer se enfocaba en la guitarra; a diferencia de Hanninen, que no le quitaba los ojos de encima. Era extraño verlo sin apartar la mirada, era como verse a sí mismo. Después de cerca de veinte años era como ver otra versión de sí, una versión que no habitaba, un cuerpo propio y al mismo tiempo desconectado: Dreijer era el otro al que la vida trató bien. Sonrió.

—¿Qué? —preguntó Dreijer al ver que no dejaba de verlo.

Él llevaba un suéter gris ligero y unos pants, a Hanninen se le colaba el frío a través de la chamarra y sus pantalones rotos.

—Nada —respondió.

Dreijer siguió con la guitarra.

—Te estas quedando pelón.

Dreijer se rio, se equivocó de notas en la música.

—Ya no somos veinteañeros —contestó Dreijer y bebió del café sobre la silla.

Tenía razón, las entradas de Dreijer aumentaban cada día, las canas no ayudaban.

24

La picazón de su vientre regresó con más fuerza, se limitó a exhalar. Sin detenerse se metió una mano por debajo de la ropa y tentó las semillas con los dedos, comenzaban a brotar. En

ambos antebrazos cargaba las venas moradas y saltonas, por debajo de la piel se vislumbraba los brotes listos para desgarrarlo.

Luego de un rato en descenso encontró un cadáver en el piso, las raíces y flores crecían en tonos morados varios centímetros. Murió de hipotermia, según pensó, no le sorprendería, el frío no dejaba más que aumentar. Metros más adelante encontró un cadáver más, y luego otro, y otro.

Hanninen daba vueltas en la cama en busca de la posición correcta. Dreijer se observaba en el espejo del baño, revisaba sus entradas, quería confirmar si de verdad se iba a quedar sin un solo pelo. Acababa de darse una ducha, la pequeña habitación seguía llena de vapor del agua caliente. El baño fue tan abandonado como el resto de la casa, faltaban una que otra loleta, la tina con grietas, el techo incompleto y un hongo que crecía en la esquina gracias a la humedad.

Al aceptar su calvicie apagó la luz y fue a la cama.

—Voy a pedirle un préstamo a mis padres —dijo Dreijer.

—¿Para qué? —preguntó medio dormido.

Dreijer se quedó pensando, no tenía todos los detalles.

—No lo sé, un negocio. Algo.

Hanninen no dijo nada, se limitó a enredarse en la cobija.

—Todavía no lo tengo decidido, solo quiero estar preparado en caso de que nadie quiera contratarnos después de que nos vayamos.

—Dreijer, no nos vamos a morir de hambre.

—Yo sé que no.

Dreijer se dio la vuelta y jaló su parte de la cobija para cubrirse.

El agujero para descender era rodeado por cuerpos congelados. De dicho agujero era expulsado una inamovible pared de aire gélido, no le sorprendió ni por un segundo el encontrar centenas de cuerpos que formaba algo similar a un cono volcánico. Pisar los cuerpos era como pisar piedras macizas, de entre ellos se levantaban algunas flores púrpuras que estiraban sus tallos para alcanzarle las botas.

Apuntó su linterna al interior sin saber porque seguía haciéndolo, igual otra vez no vio nada. En uno de los costados ubicó una polea con una cuerda, se aseguró que resistiera su peso y bajó. Las flores alrededor del agujero lo siguieron con la mirada, algunas estiraron sus cuerpos para ver cómo descendía.

El aire al interior era peor, incluso con la máscara de oxígeno apenas respiraba, el ruido era tanto que bien podría perder los tímpanos. Lo peor de todo era como se agitaban los brotes en su cuerpo y como estos tiraban de sus nervios varias veces por minuto.

Siguió bajando hasta tocar la superficie y sin perder más el tiempo continuó su camino. Tampoco era como que tuviera otra opción más

que llegar al fondo del asunto y encontrar a Dreijer.

El viento se esfumó poco a poco, más no el frío. Ese era igual a estar dentro de un congelador industrial. Al dar un paso retumbó un suelo metálico. Siguió dicho camino un largo rato hasta dar con una puerta azul descolorida en uno de los tantos muros de piedra de las profundidades. Al abrirlo se topó con unas escaleras en caracol descendientes con pequeñas luces tenues en los muros. El camino terminaba en una puerta más, la diferencia es que por debajo de esta entraba una pequeña luz.

25

Era el pasillo de un hospital, sereno y calmo. Hanninen tosió dos veces, su tanque de oxígeno se agotaba. Las luces blancas eran cegadoras, las losetas brillantes no ayudaban en mucho. De fondo le llegaban las voces de los doctores y la abundante actividad del resto del personal. Junto a él caminó una enfermera a toda velocidad, luego unos camilleros empujando un enfermo.

Otra vez, no tenía ni idea de donde terminó. Casi siempre los hospitales que visitaba eran improvisados, donde a los vivos y los muertos los tenían en la misma sala, y a los heridos los abrían con el mismo equipo con el que picaban la comida.

—¡Perdone, perdone!

Un camillero le cortó el camino, imposibilitado de avanzar en línea recta bajó por

las escaleras a su costado. El lugar se sentía demasiado limpio, lo único anómalo era su presencia. Volvió a toser. Luego de caminar en línea recta bajó por las escaleras junto al ascensor.

—No puede ir por allí —dijo un trabajador a lo lejos—, es solo para personal.

Se dio media vuelta y caminó a una intersección de pasillos, antes de llegar hasta allí se apresuró una mujer a poner un cartel amarillo frente a él. Piso mojado, decía.

—Una disculpa, va a tener que ir por otra parte —dijo la mujer con un trapeador y una cubeta.

Se fue por otro camino todavía confundido, de su espalda provino el sonido de varios médicos.

—¡Abran camino!

Se dio la vuelta, tras él se apresuraban varios médicos empujando una camilla, la avalancha de personal abarcaba todo el pasillo. Sin intermediar palabras lo empujaron a un costado obligándolo a entrar a una de las habitaciones.

El cuarto olía familiar, asomó la cabeza afuera y vio a los enfermeros alejarse.

—¿Hanninen? —dijo la persona que ocupaba dicho cuarto.

Era una voz conocida, la voz de una persona que no esperaba escuchar jamás. Las semillas de su cuerpo se abrieron como un capullo y de ellas emanaron las flores que lo consumirían, los pétalos intentaron abrirse, sin embargo, la ropa los bloqueaba. Él ni siquiera se enfocó en lo

tibio de la sangre mojar su vientre. A él las piernas le temblaron al girarse poco a poco.

—¿Hanninen, de verdad eres tú? —dijo Dreijer.

Dreijer descansaba sobre la cama cubierto por una sábana ligera, con un suero intravenoso en un brazo y un tanque de oxígeno conectado a la nariz. Ya no le quedaba ningún solo pelo en la cabeza, era una bola de arrugas que le duplicaba la edad.

A pesar de que pasara tanto, tanto tiempo, lo seguiría reconociendo.

—Sabía que volverías, siempre lo supe, lo prometiste. Le dije a todos que regresarías, pero nadie quiso creerme. Dijeron que lo superaría con el tiempo, nunca lo hice.

—¿Dreijer?

—Soy yo. —Un par de lágrimas mojaron sus ojos—. Sigues igual que el día en que te fuiste.

Él se acercó, no tenía ni idea que pasaba. Dreijer se aferró de su mano con las pocas fuerzas que tendría alguien de tan avanzada edad.

—¿Estoy muriendo?

—¿Qué?

—Si no estoy muriendo, ¿cómo es que puedo verte?

Hanninen tosió, poco a poco su visión se tornaba borrosa a causa del poco oxígeno.

—¿Dreijer?

Se arrodilló junto a la cama y apretó la mano de Dreijer. Se quitó el casco y el pasamontañas.

Tenía la cara roja e irritada, las flores que nacían de su rostro partían la piel con delicadeza.

—Dime la verdad, ¿he muerto?

—¿De qué estás hablando? —preguntó con la voz rota.

—No lo sé, tú estás muerto, y puedo verte.

—¿Cómo voy a estar muerto, Dreijer? ¡Estoy aquí!

—No, falleciste hace como cuarenta años.

Hanninen negó con la cabeza.

—No estoy muerto —susurró.

Cerró los ojos con fuerza y se pegó la anciana mano de Dreijer a su frente.

—Moriste ese día... antes de que desertáramos. Se suponía que el que iba a morir era yo, a último momento te ofreciste a hacer mi trabajo para que yo descansara, te ofreciste a llevar el camión que debía llevar yo.

Volvió a negar con la cabeza sin abrir los ojos.

—Eso nunca me detuvo —agregó—, siempre supe que volverías. Aunque no esperaba que fuera a ser después de cuatro décadas.

Dreijer se sentó en la orilla de la cama.

—¿Qué haces? —preguntó Hanninen sin levantarse de su rodilla.

—Bueno, ya nos vamos, ¿no? Para eso viniste, para llevarme al otro lado.

Dreijer se levantó de la cama y se puso sus pantuflas, se quitó el suero de la mano y observó su reflejo anciano en la ventana.

—¿Voy a llegar así o voy a rejuvenecer? ¿Cómo funciona esto? Bueno, vámonos.

Dreijer salió de la habitación.

—¡Dreijer!

Hanninen se levantó de su lugar y fue en su búsqueda, a unos metros Dreijer se alejaba por el pasillo. Sonaron tres pitidos, finalmente su oxígeno se agotó, ahora lo que seguía era la asfixia. Tosió dos veces y corrió en busca de Dreijer, lo jaló del brazo, pero él no se detuvo.

—¡Dreijer, ¿a dónde vas?! No estás muerto.

—¿Entonces por qué estás aquí? ¿Por qué llevas esa ropa? ¿Cómo porque llevas un tanque de oxígeno?

Hanninen observó sus alrededores en busca de la ayuda de algún enfermero o personal del hospital, allí ya no quedaba nadie, no era más que un pasillo vacío y sereno.

—Nunca me dejaron ver tu cuerpo —dijo Dreijer sin detenerse—. No supe qué sucedió contigo, solo te fuiste y me dejaste solo por mi cuenta. Después viví el resto de mis días en casa de mis padres, esperándote, pero nunca llegaste. Te esperé en ese lugar que acordamos, te esperé sentado, hasta que esperar dejó de tener sentido. Después de tu muerte fue como si una parte de mi hubiera muerto también, todos los planes que teníamos quedaron cancelados.

Hanninen cerró los ojos y apretó su agarre del delgado brazo de Dreijer para detenerlo, él se miró el brazo retenido.

—Todos me dijeron que tenía que olvidarte. Decían que era normal que la gente muriera durante la guerra, que muchos hombres pierden a sus amigos en combate. Ese era el problema,

no se quien les dijo que eras mi amigo. Tampoco puedo culparlos, tenían razón en una cosa: al final todos mueren. El problema es que el final de unos no es el final de todos...

—Dreijer —ordenó—, vamos a la habitación.

Sus pulmones comenzaban a doler. Dreijer notó la apariencia decadente de Hanninen y se frotó los labios, asintió a la petición.

De nuevo en la habitación lo primero que hizo fue toser con fuerza, pegó las manos a uno de los muros y tosió hasta que las flores en su cuerpo crecieron unos centímetros más. Dreijer regresó a la cama y se cubrió con la sábana hasta la mitad del cuerpo.

—Dime la verdad, ¿estoy muerto?

—No, no lo estas.

—Ah —dijo con lástima—, ¿y sabes cuánto falta para que lo esté? Te he esperado cuatro décadas, no puedo seguir esperando más.

Dibujó una sonrisa torpe, no pudo reírse a causa de la falta de oxígeno. Se limpió los ojos llorosos y se sentó en el borde de la cama.

—Dime una cosa, Dreijer, ¿por qué no rehiciste tu vida?

—Porque no estabas.

Tosió, apenas veía sus manos gracias a las lágrimas y la asfixia. Las flores de su vientre se expandieron a la espalda, el resto de los brazos y los muslos. Cerró los ojos y sonrió, dejó que su piel se desgarrara y su chaleco se humedeciera con su sangre.

—Nunca se vuelve más fácil —dijo Dreijer.

—Eso ya no importa —dijo, perdía la voz—
. Lo que importa es que lo conseguimos.

—¿Qué cosa?

—El búnker —contestó—. Estamos en el búnker, ¿no?

—¿De qué estás hablando? ¿Cuál búnker?

—¡El búnker, Dreijer! ¡Estoy en el búnker!

Dreijer acarició su mano y negó con la cabeza.

—Ah, creo que estás perdido.

Hanninen cayó inconsciente perdiendo células cerebrales y neuronas a cada segundo.

Dreijer lo vio, suspiró y se levantó de la cama para girarlo y dejarlo boca arriba.

—Hanninen Dreijer, nunca tuviste la oportunidad de usar mi apellido.

Desconectó el tanque de oxígeno y lo apartó, después acercó el que tenía junto a su cama.

—Pobre, nunca tuviste la oportunidad de ser un niño, ni adolescente, ni nada. Siempre tan ocupado matando gente que no conocías, en conflictos que ni te importaban. Te mereces descansar en paz.

Conectó su tanque de oxígeno a la mascarilla.

—Me salvaste de morir hace cuarenta años, y al mismo tiempo me condenaste a una vida de soledad. Supongo que pensaste que yo era más fuerte.

Una vez asegurado que respiraba Dreijer volvió a su cama a acostarse con la sábana hasta el vientre.

—Cuando llegues al fondo esperó que encuentres lo que buscas: paz.

Debajo de las uñas de Dreijer brotaron dos pequeñas y delgadas ramas verdes acompañadas de la sangre de las uñas al ser levantadas. Tosió con fuerza, y luego un chorro de sangre que expulsó de su boca al tener ramas y raíces saliendo de su cuerpo. Su piel se desgarró, de las heridas crecieron flores en todos los colores imaginables: desde los tonos más azules, a los rojos más brillantes, y los blancos más puros. Por los costados de la cama cayeron dichondras verdes y frescas. Sus dedos se partieron a cada centímetro, sus piernas se deformaron gracias a las raíces. La cama se tornó roja con toda la sangre que expulsaba de su cuerpo. Las flores abrieron sus pétalos con los coloridos centros hacia Hanninen. Dreijer tosió una última vez al ser más flores que persona y, sin embargo, por más flores que fuera, era Dreijer. No podría ser de otra manera. De su rostro pálido y huesudo se formó un jardín de claveles blancos y rojos.

Un pétalo blanco se desprendió de su cuerpo y se elevó en el aire, entró al conducto de ventilación de techo. El viento lo succionó contras las paredes metálicas hasta expulsarlo del otro lado de los conductos en el centro del hospital: una enorme sala cuadrada y abierta. Con la delicadeza que solo poseen las flores el pétalo surcó por el aire hasta caer justo en el centro, donde descansaría por siempre.

Todo tembló. El techo se desquebrajó, pedazos caían y reventaban contra el suelo. Enormes grietas surcaron a través de las paredes, algunas colapsaron, otras quedaron

desmoronadas sobre sí mismas. En el piso se formó un sumidero que tragó todo en su camino: camillas, sillas, inmuebles, todo. Las ventanas se reventaron y los cristales quedaron esparcidos por todas partes; y el sumidero no dejaba de crecer.

26

Cuando despertó, ya no era necesario el tanque de oxígeno, el producido por las flores sería suficiente. Despertó en un lecho verde. Lo primero que hizo fue ponerse el casco y el pasamontañas. El frío le llegaba de todas partes. Toda la habitación la encontró inundada de flora, en cada dirección y en cada rincón.

Sobre la cama descansaba lo que alguna vez fue Dreijer, ahora era un jardín lleno de vida con sus pétalos al aire. Pasó una mano por ellas. Arrancó una flor y la acercó a su nariz. El resto de las flores lo observaban con burla en la mirada debido a una causa que desconocía.

Los pasillos eran de musgo, verde en cada dirección. Por todas partes quedaron inmensos agujeros por donde las raíces pasaban, toda la construcción lucía a punto de caer. Observó el agujero desde los barandales del pasillo en el que transitaba. Checó su medidor de profundidad: catorce mil metros. El techo se derrumbó gracias a las raíces, ahora el sol alimentaba a las flores con su luz, así como una brisa que se expandía por todas partes.

Descendió a través del edificio destruido. En una de las paredes colgaba un espejo roto, tenía

los ojos irritados de tanto llorar. Ahora sus manos eran mitad flores, una lágrima que le salió al ver su estado cayó en los pétalos de la flor que le nacía del cuello, no necesitó quitarse el traje para comprobarlo. Tenía flores y raíces por todo el cuerpo, las semillas de su torso encontraron la manera para desgarrar partes de su traje, para pasar por debajo de las mangas y para buscar cualquier hueco. La raíz de su pierna rompió el pantalón para poder salir, dicha raíz se convirtió en algo parecido a un bonsái. En los brazos tenía protuberancias de raíces que desgarraban su piel. El peligro de convertirse en flores quedaba en el pasado, ya lo era. La peor parte fue el poco dolor, presente solo cuando intentaba arrancar una de ellas.

Apretó los ojos con fuerza y se dispuso a bajar, no iba a quedarse aquí a lamentarse. Usó las raíces que descendían por el agujero como escalera. El sol sobre él se volvió más pequeño minuto a minuto según se adentraba más en donde sea que estuviera. Aún no encontraba a Dreijer, *su* Dreijer; no era el momento de rendirse ante las flores.

27

Golpeó la puerta tres veces, en las manos llevaba una caja con las pocas pertenencias que Dreijer tenía en el cuartel.

—Ah, no te esperaba tan temprano. Pasa, por favor.

Dreijer vivía en una casa normal, en una calle normal, con una familia normal. Llegó con los

ojos irritados y sus ojeras aún más pronunciadas gracias a las pocas veces que durmió desde su muerte.

—Siéntate, por favor —dijo la madre de Dreijer.

Ella vestía ropa de civil común, era una mujer anciana de piel arrugada y cabello gris y ausente. Por su parte Hanninen llevaba una simple chamarra gruesa, unos pantalones de mezclilla y sus botas. Antes de su visita pasó a una barbería a recortarse el cabello y llegar presentable. ¿Presentable para quién? Pensó, si igual Dreijer no iba a verlo. Se sentó en uno de los sofás de la sala, la madre de Dreijer se sentó en otro de los sillones.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias —contestó a la fuerza.

Ninguno dijo nada ni iniciaron una conversación, Hanninen se mantuvo con la cabeza baja, de un lado al otro. Dreijer solía habitar estos lugares, no esperaba que su primera visita a la casa de sus padres fuera ocasionada por una tragedia.

—¿Tienes donde pasar la noche? —preguntó la madre.

—Pensaba buscarme un hotel.

—Puedes quedarte en su habitación... Si tú quieres.

No dijo nada.

Entraron a la que solía ser la habitación de Dreijer, el olor lo golpeó en la cara y ese bulto regresó a su garganta.

—No hemos movido nada desde que se fue —dijo ella.

Hanninen dejó la caja sobre la cama.

—Supongo que querrás estar a solas —agregó y se retiró.

Cerró la puerta tras de ella. De verdad estaba aquí, pensó, en la habitación de Dreijer. No se sentía del todo bien, se sentía extraño invadir su privacidad sin él aquí. Era una habitación un tanto pequeña, con su escritorio, su closet, su cama y varios libros.

Abrió el closet, los ojos le lloraron en contra de su nula voluntad, tenía varios suéteres que le vio vestir, pantalones, camisas y demás ropa. Sostuvo uno de los suéteres y lo pegó a su nariz: olía familiar.

Tomó una de las camisas y se sentó en la cama con ella. La observó, si no se equivocaba era la misma camisa que usó esa vez que visitaron la ciudad más lejana de la frontera, esa camisa que tenía un bolsillo oculto en el interior. Metió la mano al bolsillo, de ella sacó *esa* foto que tomaron *ese* día. El dolor lo hizo encorvar la espalda y ocultar su cabeza entre las piernas.

Volvió a guardar la imagen y dobló la camisa. No podía tomarla y guardarla en su cartera, era de Dreijer.

Se limpió los ojos con la manga de su chamarra y abrió la caja, llevaba el uniforme que vestía en el cuartel, sus camisas y pantalones, calcetas y sus zapatos.

Dreijer solía regresar a esta casa cada cierto tiempo, cuando el conflicto en la frontera

desescalaba y se tomaba un permiso de uno o dos días. O cuando alguno de sus padres enfermaba y tenía que ausentarse. O cuando los visitaba cinco de los treinta días de vacaciones. Después de todo, nunca dejó de ser su hijo.

Esos días, recordó, los días de soledad cuando se quedaba sentado a esperar que Dreijer regresara. Nunca lo acompañó con sus padres. Si sus propios padres lo abandonaron, pensaba, ¿cómo por qué los padres de alguien más iban a quererlo?

De la caja sacó un libro que le regaló a Dreijer en su cumpleaños, titulado: ¿Cómo invertir después de los cuarenta? Hojeó las páginas, varias marcas, notas y apuntes vivían en los bordes de las páginas. Un párrafo sobre invertir en bienes raíces tenía una nota: Preguntar a Hanninen. El capítulo: ¿Es demasiado tarde para invertir? Tenía la respuesta subrayada con marcador: No. En una de esas páginas al azar encontró un mensaje escrito con pluma: Hanninen, si estás leyendo esto, cómprate tu propio libro.

Cerró el libro con una sonrisa, al final de cuentas Dreijer seguía aquí, en algún sentido. Dejó el libro sobre el escritorio y se limpió los ojos y nariz.

El resto del contenido de la caja eran las herramientas con las que hacía más ameno su trabajo. Se acostó sobre la cama, casi ubicó un hundimiento, la silueta de Dreijer. Después de tantos años la habitación era una parte de él.

Cerró los ojos y pensó, ¿hubiera sido diferente si Dreijer moría de otra manera? Pensar eso le revolvió el estómago. ¿Y si en lugar de una emboscada hubiera muerto en un accidente de tráfico? ¿O de un ataque al corazón? ¿O mientras dormía? ¿Estaría aquí? ¿Lo habría superado antes?

Cuando Dreijer murió él falleció también; nadie en el mundo lo conocía, nadie sabía de su existencia, no tenía con quien hablar de las cosas irrelevantes que hablaba con Dreijer, no tenía con quien sentarse y no hacer nada, ni tenía a alguien para observar como la edad le quitaba el cabello y lo llenaba de arrugas.

La madre de Dreijer entró sin tocar, Hanninen retomó la compostura y se limpió las lágrimas en milisegundos. Ella no lo observó, llevaba los ojos en el suelo. En las manos cargaba un álbum de fotos que colocó en el escritorio y se retiró tan rápido como pudo, no sin antes colocar el candado a la puerta para que quedara cerrada por dentro.

Él abrió el álbum. Lo primero que vio fue una foto de Dreijer en su primer cumpleaños. Hasta de bebé era obvio que se iba a quedar pelón en la adultez. Sonrió, sonreír era lo único en sus manos. Otra fotografía más lo mostraban cuando sus padres lo llevaron a la feria a las afueras de la ciudad. Una cosa era clara, si se hubieran conocido de niños no habría forma en que pudieran ser amigos. Mientras Dreijer cortaba el pastel de su décimo cumpleaños él se arrastraba por el lodo con un rifle en las manos.

Cuando Dreijer entró a la secundaria a los doce años él caminaba por campos minados como carnada humana. Cuando a los veinte Dreijer decidió que entraría a la milicia él aceptó que una vez muriera nadie recordaría su nombre.

Dreijer tuvo una vida antes de él, aceptarlo no fue difícil. Antes de conocerlo Dreijer tuvo sus amigos del colegio, eso mostraban las fotos, gente con la que él no podría conectar, personas normales. En varias fotos más se le mostraba sonriendo con familia, primos, tíos, conocidos, de vacaciones, en casa, envejeciendo. Tuvo una buena vida.

Cerró los ojos y pensó. Se levantó de la cama y volvió a sacar *esa* fotografía de la camisa para meterla dentro del álbum. No tenía nada de malo querer dejar evidencia que formó parte de dicha existencia.

Cerró el álbum y deseó haber muerto en lugar de Dreijer. Según pensó la vida de él valía más que la suya. La madre golpeó la puerta.

—Voy a preparar la cena, te aviso cuando esté lista. —Y lo dejó en su espacio.

28

Revisó su medidor de profundidad: dieciocho kilómetros bajo tierra, marcó. No tenía mucho sentido, todo dejó de tenerlo hace mucho. A lo lejos se mostraban varias casas en el campo difuminadas gracias a la luz de la luna. Para él cierta casa a la distancia le resultaba familiar. No hace mucho estuvo aquí, según él.

Llegó a este lugar a través de unas colinas luego de un rato a oscuras en las profundidades al tiempo que tomaba algo de sus provisiones. En el horizonte, no muy lejos, ubicó esa casa familiar con los focos encendidos y las cortinas en las ventanas. Quizá le daría un vistazo.

29

El señor Dreijer llegó de su visita a la ciudad en la noche. Sabía que el amigo de su hijo muerto los visitaría, así que no le sorprendió mucho cuando abrió la puerta y lo vio en el lugar del sillón donde se sentaba Dreijer.

Su único saludo fue asentir con la cabeza, para ambos fue suficiente. Luego de eso se fueron a la mesa, donde la madre de Dreijer servía los platos. Tres platos, observó, faltaba uno: el de Dreijer.

—Nunca pensé que pasarían este tipo de cosas, siempre son otras familias a las que les ocurren las tragedias —dijo el padre de Dreijer—. Se supone que los padres mueran antes que sus hijos —agregó.

Hanninen picó la carne con el tenedor y se la llevó a la boca, no quería ver al señor Dreijer a la cara por el único motivo que se miraba demasiado como Dreijer: el mismo contorno de la cara, misma forma de las cejas, mismas facciones, mismo tono de voz.

—Sigo pensando que regresará, que un día voy a abrir la puerta y va a estar en el sillón.

Hanninen pensaba lo mismo.

—La verdad no esperábamos la visita de nadie —dijo la señora Dreijer—. Después de su accidente todo fue silencio. Es muy amable de tu parte visitarnos, no pensé que un amigo de mi hijo fuera a tomarse el tiempo de venir hasta acá.

Amigo, retumbó en su cabeza, en teoría lo eran. Continuaron con la comida, ese malestar de la garganta volvió una vez más.

Hanninen seguía acercándose a la casa, no recordaba con exactitud qué noche pasó. No recordaba tampoco cómo llegó, quien lo trajo o que pasó después. No pensó en todos los detalles.

—Dreijer solía hablar de ti —dijo su madre— Las pocas veces que nos visitaba decía que quería traerte, pero nunca quisiste acompañarlo. Cuando preparaba la comida decía “A Hanninen le habría gustado esto”. En cualquier conversación buscaba como incluirte, claro que en aquel entonces no te conocíamos. ¿Eras compañero de él? ¿Trabajaban juntos?

Su ánimo decayó, no tenía sentido explicar las cosas a estas alturas. Asintió.

—Éramos amigos, socios. Planeábamos iniciar un negocio después de dejar la milicia.

—Yo también fui militar —dijo su padre—, entré creo que a los dieciocho. Me ayudó a formar carácter. ¿A qué edad entraste tú?

Se rio para sí mismo, Dreijer habría entendido por qué.

—A los nueve o diez años.

—Vaya, no pensé que aceptaran personitas tan jóvenes.

—Bueno, técnicamente me secuestraron.

Se quedaron callados, si Dreijer estuviera aquí sería el responsable de cortar el silencio que duró segundos.

—Los pequeños patriotas son los que protegen el país —dijo el padre de Dreijer buscando desescalar la situación.

—En realidad me obligaban a caminar por campos minados para que las tropas no perdieran hombres. No sé qué hay de patriótico en eso —dijo con genuina honestidad.

Hanninen entró por la puerta trasera, todos se callaron al escuchar el portazo. Caminó dentro de la casa, analizando cada rincón. Supuso que a Dreijer le habría gustado que visitara a sus padres.

Era un jardín con patas, las flores se expandían por su cuerpo en todas direcciones. Los padres de Dreijer y el otro lo observaron en silencio. Este recorrido era una pequeña desviación en su camino al fondo.

Los ignoró, se dirigió a la habitación de Dreijer donde dejó el álbum de fotos. Lo abrió y reclamó *esa* fotografía que guardó antes. El otro se levantó de la mesa y fue tras él. Allí lo encontró.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine a buscar esto —dijo y le mostró la foto—. Es mía, me pertenece, ellos no la necesitan para nada.

De la cocina provino un estruendo y los gemidos de dolor de los padres de Dreijer. El otro se enfocó en las flores que crecían en su

cuerpo. Raíces y ramas se expandían por todo su traje, flores y enredaderas en los tanques del lanzallamas y su tanque de oxígeno. Verde, sobre verde, sobre verde.

—No se supone que estés aquí, no puedes desviarte.

—Solo vine por lo que es mío.

Dobló la foto, le dio un beso y la guardó en el bolsillo interior de su chaleco.

—¿No lo ves? —preguntó el otro— Se te está acabando el tiempo.

—¿Cuánto falta para llegar al fondo? ¿No se supone que estoy en el búnker?

—¿El búnker? ¿Qué búnker? ¿De qué estás hablando?

Otro grito de los padres de Dreijer llegó a la distancia. El otro seguía con los ojos en las flores que lo consumían; él parecía acostumbrarse al dolor, esa no era muy buena señal.

—Les dijiste que éramos socios, ¿no? —dijo y se rio sin ganas.

—No importa eso, no puedes quedarte mucho tiempo aquí.

Salió de la habitación y corrió a la cocina, de la alacena buscó el cuchillo más filoso que encontró. Los padres de Dreijer se retorcían en sus sillas con un millar de semillas y agujeros en la piel, coladores humanos manchando todo de sangre.

Regresó a la habitación con Hanninen.

—Acuéstate.

Antes de que lo hiciera, el otro lo acostó a empujones.

—Huele a Dreijer —dijo.

—Sí, sí, como sea. Cuando llegues al fondo podrás olerlo todo lo que quieras.

—¿Vas a matarme?

—Por Dios, ¿cuantas veces quieres que te lo digan? Ya estás muerto.

Sin contar hasta tres le clavó el cuchillo en la garganta tan profundo como pudo.

30

Otra vez a solas y a oscuras, temblaba de frío. Su única compañía eran las flores, rodeándolo en todas direcciones. Dejó la posición fetal en la que descansaba en el suelo y se dispuso a comenzar su descenso. Aquí y allá se topaba con algunos cadáveres congelados de los cuales las flores se alimentaban.

Siguió el camino de cadáveres que bien supuso lo llevaría al camino correcto. Luego de una hora de caminar en la oscuridad solo en compañía de su linterna divisó a lo lejos el agujero que le permitiría seguir descendiendo. Colocó una cuerda en la polea y saltó. Luego de eso el camino fue más o menos el mismo. Con la diferencia de una luz roja y cierta música que provenía de la distancia.

Hace algunos años, cuando después de un “tratado de paz” a los miembros de la milicia se les otorgaron unas vacaciones decidieron hacer una especie de fiesta en el comedor del cuartel. ¿Qué ocurrió esa ocasión? Pensó, según él, no mucho. Se quedó toda la fiesta con Dreijer bebiendo y platicando hasta altas horas de la

noche, después de eso se fueron a dormir y al día siguiente salieron a rentar un apartamento a las afueras de la ciudad.

Del techo colgaron una bola de disco roja, no tenían de otro color. El negro y rojo era todo lo que abundaba. Los soldados se divertían en las mesas con sus bebidas, gritando y riendo, otros más con las espaldas contra la pared y algunos en la barra, la música no era más que un ritmo que se repetía sin cesar. A él la música le provocó jaqueca, eso sí lo recordaba.

—Permiso —dijo un soldado junto a él.

Nadie volteó a verlo, nadie le preguntó porque vestía ese traje o porque tenía el cuerpo lleno de flores; a nadie le importó, todos tenían las propias. Él escaneó la habitación con la mirada; rojo y negro en todas partes, apenas y se veía algo.

Entonces allí lo vio, en la barra, con una copa en una mano y un cigarro en la otra. Del otro lado del lugar un sujeto no dejaba de golpear la pared con la cabeza, el rojo de las luces ocultaba el rojo de su sangre.

Se quitó el casco y se sentó junto a él. Dreijer se puso el cigarro en los labios, inhaló, mantuvo el humo unos segundos y después lo dejó salir, no dejaba de agitar la rodilla.

—¿Dreijer...? —preguntó al colocarse junto a él.

Estiró la mano por detrás de su cuello, Dreijer frunció el ceño.

—¡Hey! ¿Qué haces? —dijo irritado y apartó la mano de su cuerpo.

—Soy yo.

Dreijer arqueó las cejas.

—¿Te conozco?

Hanninen forzó una sonrisa y levantó los hombros.

—Soy yo.

Dreijer puso cara de asco.

—No, creo que me confundes con alguien más. —Fumó.

—Soy yo, ¿no me reconoces, Dreijer? Soy yo.

Las flores apretaron más. Dreijer se limitó a poner su cara de aversión. Rojo y negro. Hanninen lo notó, aunque no estuviera seguro de la realidad de las cosas una parte de él se rompió al ver la respuesta de Dreijer. Respiró profundo para así evitar que el bulto de la tristeza le rompiera la voz.

—¿No eres ese que me siguió al baño? —preguntó Dreijer.

—¿Quién?, no.

Verlo aquí, de esta forma, fue extraño. A pesar de volver a ver a Dreijer no tuvo ese impulso de lanzarse contra él y tomarlo entre sus manos. Había algo extraño, algo demasiado obvio.

Otro de los soldados comenzó a toser con fuerza en la otra punta de la barra, casi se le salía la garganta por la boca.

Este no era su Dreijer, le dijo el inconsciente, de serlo se habrían abalanzado el uno al otro tan pronto verse.

—¿Eres Dreijer? —preguntó.

La incomodidad de este Dreijer se multiplicó.

—Sí, lo soy —contestó—. Perdona, es solo que... No sé, te pareces mucho a alguien.

—¿A quién?

—No sé quién era ni cómo se llamaba, pero se miraba igual que tú.

Dreijer fumó su cigarro y bebió algo de alcohol. No dejaba de agitar la pierna.

—Pensé que si venía aquí me iba a dejar en paz, no funcionó. No en absoluto.

—¿En paz? —preguntó.

El tipo que estrellaba la cabeza cayó al suelo. Expuso su cráneo de tantos golpes, pequeños brotes surgieron de la herida.

—Ese tipo, no sé. Me tenía hartó. Me seguía a todas partes, siempre intentando iniciar conversaciones, siempre buscando la manera de entrar en contacto conmigo. —Golpeaba la barra con un dedo.

—¿No te agradaba? —preguntó con inocencia.

Rojo y negro.

—¿Agradarme? —Se rio—. ¿Cómo iba a agradarme si no me dejaba en paz? Intenté levantar un reporte por hostigamiento, yo solo quería hacer mi trabajo, ¿cómo iba a hacerlo con ese tipo acosándome?

Dreijer fumó su cigarro. De verdad que se veía como él, pensó. Afortunadamente Hanninen lo conocía tan bien como para decir con toda certeza que este no era su Dreijer. Podría diferenciar al suyo entre un ejército de

clones idénticos. Observó sus alrededores, no necesitaba de mucho para identificar el lugar como hostil, lo sentía.

—Ese tipo era un enfermo, desesperado. Se ofrecía a hacer mi trabajo, me seguía a la lavandería, me regalaba cosas. Siempre le dije que no, pero él... parecía perdido en su propio mundo. Vivía en su cabeza.

—¿Dónde está? —preguntó.

¿Dónde debería de estar el otro Hanninen? Pensó.

—Bueno, no sé si sea buena idea decirte.

—Quizá pueda convencerlo de dejarte en paz.

Dreijer acabó su alcohol de un trago. Su vista se perdió en la nada.

—Fui al baño, y él me siguió. Le dije que me dejara en paz, le dije que si no dejaba de seguirme iba a llevarlo a juicio, que me iba a encargar que lo encerraran en prisión. Él me dijo que iba a dejarme en paz, que comprendía si llegaba a odiarlo. —Fumó—. Luego entró a un cubículo del baño, y lo último que hice fue escuchar un disparo. ¡Yo no le dije que lo hiciera! Él lo hizo solo, yo lo que le dije fue que me dejara en paz, no que se quitara la vida.

La mano de Dreijer en la barra se agitaba con violencia, Hanninen la observó.

—¿Qué baño?

—Ese —respondió Dreijer y señaló—. Supongo que nadie se dio cuenta, no lo escucharon por la música.

—¿Hace cuánto fue eso?

—Hace como cinco minutos.

La luz pareció abandonarlos por un solo segundo. Todo era rojo y negro. A espaldas de él el resto de soldados no dejaban de contorsionarse, la sangre los abandonaba de cada desgarro de su piel.

Se dirigió al baño que Dreijer apuntó. Después de un largo pasillo sin iluminar donde no había nadie empujó la puerta, a diferencia del rojo y negro aquí todo era blanco, por el piso se agrandaba el charco de sangre del otro.

Abrió la puerta del cubículo. El otro se voló la cabeza con una nueve milímetros ante la negativa de Dreijer. Ver su cadáver fresco no fue reconfortante, lo único que lo abrazó en ese momento fueron las flores y sus pétalos.

En las afueras del baño se escucharon una serie de gritos de los soldados. Si no se equivocaba ahora todo el cuartel se encontraría infestado de esas cosas. Ante ello empuñó su lanzallamas y se preparó para salir. En una mano llevaba su linterna, en la otra el lanzallamas. Apuntó al otro y lo cubrió en fuego, no iba a permitir que alguna cosa lo consumiera.

Al abrir la puerta del baño se encontró que todas las luces los abandonaron. Solo quedó el sonido de la música y la bola de disco del techo: rojo y negro.

Debajo de la bola de disco los cuerpos de los soldados se mezclaron en una sola entidad alargada unida por las raíces. De sus cabezas nacían patrones imposibles de semillas. Ninguno contaba con ojos o facciones

humanas, no eran personas después de todo, eran flores.

—¿Dreijer?! —gritó.

Los hombres árbol se en su dirección, jaló el gatillo para quemarlos.

—¿Dreijer?! —

Del techo recibió su respuesta. Levantó la cabeza y alumbró con la linterna, de allí colgaba Dreijer con el resto de los árboles y sus raíces moviéndose como tentáculos. La linterna, la luz roja y negra eran demasiado débiles como para ver qué tan malas eran las cosas.

Lo que quedaba de Dreijer abrió a la boca y dejó salir un quejido gutural, su cuello se desgarró por medio de las espinas que salieron desde dentro. Hanninen hizo lo único que sabía hacer, quemarlo todo.

El fuego fue insuficiente, los tentáculos se retrajeron y expandieron por todo el cuartel. La opción más inteligente, pensó, era largarse.

Abrió la primera puerta que se topó. Esta lo llevó a los almacenes, allí encontró más cuerpos siendo mutilados por los tentáculos, arrastrando cadáveres para llevarlos a la amalgama y continuar el ciclo.

La podredumbre lo envolvió todo, el cuartel completo fue cubierto por las flores, el patio exterior lo inundaba la oscuridad y los millares de pétalos en el aire. Con la idea de robar uno de los camiones y alejarse de aquí corrió tan rápido como pudo hasta el hangar. Aquí solía trabajar Dreijer la mayor parte del tiempo, se dijo, aunque no había tiempo de pensar en ello. Las

llaves las encontró en el cadáver de uno de los soldados, con su cabeza llena de pétalos y sangre.

Apretó su lanzallamas y quemó las raíces que se expandían por el techo, y las cuales intentaban tomarse del camión. Subió y metió la llave, no esperó a calentar el motor para pisar el acelerador hasta el fondo.

Las raíces consumían el edificio completo, resquebrajando las paredes al punto que lo único que las mantenía unidas eran las raíces mismas. No miró atrás, incluso arrolló a aquellos hombres árbol que no se quitaron del camino.

Al principio todo fue sencillo con los faroles iluminando una calle recta. Pasó una señal de curva, al acercarse trató de girar el volante. Fue demasiado tarde para descubrir que las raíces lograron enrollarse en el mecanismo del vehículo. Usó todas sus fuerzas para girar el volante, no lo logró. Salió expulsado de la carretera en dirección a una colina, rodó camino abajo solo con el sonido del auto destrozándose.

Al llegar la calma todo se puso negro al igual que la oscuridad de la noche. Se pasó la lengua por las encías, sabía a sangre.

31

La sangre era expulsada de cada uno de los poros restantes de su cuerpo. Abrió los ojos, todo se oscureció, de nuevo en algún lugar en el fondo de alguna parte.

—Felicidades —dijo el otro dando saltitos, aquel con quien se encontró en el orfanato.

Hanninen lo siguió con la mirada desde su posición fetal en el suelo.

—¿Puedes moverte? —preguntó.

No hubo respuesta. Apenas y respiraba, cargaba un piquete en los pulmones producto de una raíz que lo atravesó.

—¿Me escuchas?

El otro le tocó el hombro, Hanninen se retorció.

—Bueno, al menos estás vivo. No pensé que fueras a llegar hasta aquí. Estás en el fondo, no es posible bajar más.

Inhaló profundo y estiró la mano. Alrededor de él se ubicaba su equipo regado por todas partes. Buscaba alcanzar su medidor de profundidad para saber dónde estaba. Al estirar su mano vio el porqué de las sensaciones de su cuerpo, era flores. Las raíces de su mano se estiraron para alcanzar el medidor por él, el número no cabía en la pequeña pantalla.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

Una gota de sangre le recorrió la frente.

—Ya te lo dije, estás en el fondo.

—¿En el fondo de qué?

—¡Pues en el fondo!

Quiso ponerse de pie, lo único que logró fue levantar el pecho. Lanzó un grito a la nada, algo de sangre le escurrió de la boca.

—Parece que no te quedan muchas fuerzas. Hanninen, ¿por qué descendiste? ¿No fue para obtener eso que más querías?

—Yo lo que quiero es volver con Dreijer. —
Se observó sus dedos deformes—. Si no vas a
darme eso, mejor márame.

—No puedes morir dos veces —respondió
el otro.

La nada alrededor de ellos se estrujó, un
sonido casi orgánico los envolvió desde todas
direcciones.

Volvió a hacer fuerza para al menos sentarse,
las flores de su cuerpo se agitaron con un dolor
peor que las balas, terminó por caer. Pegó la
cabeza a la superficie al tiempo que una lágrima
le brotaba de los ojos, otra vez adoptó esa
postura fetal.

—Hay una cosa que tienes que ver antes
de... tú sabes.

—¿No dijiste que ya no es posible
descender?

—Hanninen, ¿cómo vas a ver a Dreijer si ni
siquiera eres un hombre? Eres un ramo de flores
con forma de hombre.

No dijo nada, seguía llorando en silencio con
su cabeza oculta entre sus piernas y la espalda
encorvada

—Dime una cosa —pidió con la voz
ronca—, ¿estoy muriendo?

—Bueno, decir eso sería algo dramático.
¿Quieres morir?

Hanninen llevó su mano hasta el rostro para
limpiarse la sangre.

—No —contestó.

Aún quedaba mucho que pasar con Dreijer.

—No es un crimen estar tan cansado — dijo—. Dreijer sabría qué hacer.

—¿Cansado de qué?

—De todo.

—¿Y de verdad crees que Dreijer solucionara algo de lo que no tiene control? Como si fueras una bicicleta a la que le faltan partes.

—No —dijo y sonrió—, pero lo volvía más tolerable. Si no hubiera conocido a Dreijer en aquel entonces me hubiera quitado la vida desde hace mucho.

—Hanninen, eso no suena tan romántico como crees.

—No se supone que lo haga; Dreijer era lo único que me mantenía unido a la realidad.

La nada volvió a rugir.

—Ah, como sea, ¿estás listo? ¿Estás listo para morir?

No respondió, en cada centímetro de su piel, alrededor de cada una de sus venas, sintió las flores reclamando su cuerpo. Todo se veía imposible, así que se hizo bolita en su posición fetal y cerró los ojos. Las flores le drenaban sus pocas energías para crecer cada vez más. Al menos llegó al fondo, sin saber con precisión al fondo de que. Y así, su corazón se detuvo.

32

Afuera llovía, el sonido de la lluvia contra los techos de lámina se convertía en una canción de cuna para los soldados después de un rato. Mientras el resto de hombres soñaban con sus

antiguos hogares y sus familias, con días lejanos o amores que los esperaban en sus ciudades natales, el otro se sentó en el borde de la cama con la cabeza baja esperando que sus pensamientos se calmaran, soñó que moría.

Se puso de pie y fue en busca de su chamarra y unas botas para la lluvia. El otro conocía tanto a Dreijer como para saber dónde encontrarlo: en el estacionamiento, debería estar fumándose un cigarro o bebiendo un café.

Afuera todo era de un color opaco a causa de las inmensas nubes que cubrían un sol minúsculo, el viento gélido agitaba las copas de los árboles junto con las banderas en las astas. Algunos soldados cubiertos con impermeables amarillos iban de un lado al otro sin poder descansar de sus labores. Al otro no le importaba mojarse con la lluvia, aunque fuera un recorrido considerable hasta el estacionamiento.

A Dreijer lo encontró sentado en el asiento del copiloto en con un café y un cigarro, en un vehículo estacionado al costado de la carretera que conectaba el cuartel con el resto de la humanidad.

33

Hanninen abrió el único ojo que le quedaba. Su ojo izquierdo fue consumido por las flores, de la piel ya no le quedaba nada más que uno o dos centímetros. Tenía que arrastrarse por el suelo ahora que los nervios de sus piernas dejaron de responderle; más un arbusto que una persona.

Continuó por el lodo y la lluvia. Le recordó a su infancia, con la diferencia que ahora no cargaba un rifle, ni lo hacía por el miedo a una reprimenda. Se arrastraba por un simple motivo, de lo lejos le llegaba un olor familiar.

Por las grietas de su piel las flores crecieron y tomaron el control de todo, la única decisión para él era en qué momento rendirse.

Otra vez en el cuartel, pensó. Darse cuenta que aún usaba su cerebro fue una alegría que no duró mucho. Se arrastraba por la periferia de las instalaciones, a unos metros se vislumbraba un vehículo con dos personas dentro.

—¿Por qué no me despertaste? —preguntó el otro.

Le quitó su café y lo bebió.

—Te busqué en el dormitorio y vi que dormías, preferí dejarte descansar.

El agua de la lluvia se escurría por los cristales del auto.

—Hablé con mi padre, me marcó hace unas horas —dijo Dreijer—, dice que quiere verte.

—¿Verme? ¿Y a mí para qué, si tú eres su hijo?

—Hanninen —contestó Dreijer y se rio, como si supiera que lo que iba a decir no fuera del todo correcto—, algún día esa casa será nuestra.

El otro solo sonrió y agitó la cabeza. Hanninen seguía arrastrándose. Si tuviera labios, sonreiría, la silueta de Dreijer se volvió visible a través de las gotas.

—Escuché que van a redesplegarte — comentó Dreijer.

—La próxima semana, estaré solo un mes fuera. ¿Por qué? ¿Te preocupa?

—No —contestó Dreijer sin dudarlo—, si no te has muerto en los últimos veinte años no veo porqué habría de preocuparme. Solo de una cosa he estado pensando.

Dreijer le quitó su café al otro y bebió.

—¿Qué vas a hacer después de que dejemos todo esto?

—¿Cómo? Pues trabajar, ¿no?

—Lo que quiero decir es... No sé, has estado envuelto en esto por treinta años, Hanninen. Por treinta años tu vida se ha limitado a vivir de cuartel en cuartel y andar por ahí matando gente. ¿No te preocupa el día que toda la mierda que ocultas salga a la luz?

—¿La mierda que ocultó?

—Ah, mentirosillo. ¿No te cansas de vivir así?

—¿Así cómo?

—Con todo ese peso.

El otro se rio.

—¿Crees que estoy cargando mucho peso?

—Bueno, no sé cuánto pesa tu alma, pero yo diría que sí.

—No —respondió—, no creo que debas preocuparte por mí.

—Si no lo hiciera no tendríamos tantos años juntos.

«Y los que faltan», recordó aquello que respondió hace tanto tiempo. Dejó de moverse,

ya no tenía las fuerzas para continuar. Las raíces de su cuerpo se extendieron para cubrir las mínimas zonas que quedaban de él.

«Hoy solo voy a hacer guardia hasta el mediodía, ¿qué vas a hacer en la tarde?» Recordó su respuesta: «Descansar»

Cerró su ojo, la tierra le regresó el abrazo que necesitaba. Recordaba a la perfección lo que sucedió ese día: nada. Fueron a la habitación de Dreijer y se quedaron acostados sin hacer nada, con él roncando y Dreijer leyendo uno de sus libros.

Sus raíces se incrustaron en la tierra, sus dedos deformes se volvieron los brotes de los cuales crecerían futuros árboles.

Dreijer era una buena persona, se dijo. «¿Por qué no te vas a dormir un rato? Te hace falta descansar» Hanninen asintió y pegó su rostro a la tierra. De un lado de la balanza: nunca conoció a sus padres, no sabía ni donde ni cuando nació, fue secuestrado por la milicia y usado como carne de cañón la mayor parte de su vida; del otro lado: conoció a Dreijer. La conclusión: fue una buena vida después de todo.

Era el momento de su muerte, su cuerpo se transformaría en algo similar a un arbusto con las flores decorándolo. Nunca jamás nadie volvería a pronunciar su nombre y todos olvidarían que alguna vez en la tierra un *Hanninen* plantó su pie desnudo. No habría una sola persona que diría con orgullo que llegó a conocerlo y en el gran esquema de las cosas su vida era tan irrelevante que no había ninguna

diferencia entre su presencia y su ausencia. De él solo quedaría las flores que sembró, nadie podría decir que alguna vez fue un hombre.

Por fin, pensó, después de tanto tiempo, de tantos años, era el momento de respirar.

34

—¿Tú eres Dreijer, el nuevo mecánico?

—Vogel Dreijer, sí. ¿Eres mi líder de pelotón?

Dreijer extendió su mano.

—No, él me mandó, soy Hanninen.

Y respondió el apretón.

—Hanninen, ¿qué?

—Eh, solo Hanninen. Me envió para que te muestre tu habitación y tu área de trabajo.

—Pues vamos.

35

—¿Está es mi cama?

—Sí.

—¿No es algo pequeña?

—Las quejas y sugerencias van en la caja de quejas y sugerencias del comedor.

—Ah, ¿ya te vas?

—Entro en guardia en diez minutos, ¿necesitabas algo más?

—Eh, no. Solo quería saber si no querías ir a tomar algo después, igual no conozco a nadie aquí.

Lo pensó un momento.

—Mh, búscame después de mi turno.

—Hanninen, ¿alguna vez has sido feliz?

—He sido muchas cosas.

—Sí, pero ¿alguna vez lo has sido?

—Ahora, contigo.

—Y si yo no estoy, ¿entonces no serías feliz?

—Si no estás, te busco, así de fácil.

—¿Y si muero?

—¿Y cómo porque te ibas a morir?

—Pues no sé, la gente se muere todo el tiempo.

—Una vez leí en un periódico un anciano que murió de corazón roto. Si mueres antes que yo lo más probable es que muera yo también después de que me den la noticia.

—¿Y luego qué?

—¿Qué?

—¿Si nos morimos los dos que va a pasar?

—Nada, vamos a estar muertos.

—No me convences. Deberíamos tener un plan para eso, ¿no?

—¿Un plan de contingencia?

—Algo así, ¿recuerdas esa vez que fuimos a caminar por las montañas durante unas de las vacaciones y encontramos un búnker abandonado? Creo que ese sería un buen lugar.

—¿Un buen lugar para qué?

—Para reencontrarnos

—¿Y no es más sencillo vernos en casa de tus padres?

—Hanninen, si a ti te da miedo conocerlos.

—Habrá que hacer el esfuerzo. De todas formas, ¿cómo vamos a saber que estamos muertos?

—Dicen que los muertos pueden comunicarse de muchas formas.

—Y luego de eso, ¿qué? ¿Vamos a andar por ahí asustando gente o qué vamos a hacer con el tiempo libre?

—Lo único que sé es que vamos a tener tiempo para pensarlo.

Un soldado con impermeable golpeó el cristal del vehículo, necesitaban mover a Dreijer a otra posición.

37

Recobró la consciencia, tuvo que hacer fuerza para dejar la posición fetal en la que descansaba.

—Entonces estoy muerto —dijo.

—No —corrigió el otro—, pero podrías estarlo en cualquier momento.

—¿Y ahora qué?

—¿Qué? —repitió.

—¿Ya no voy a volver a ver a Dreijer?

—¿Por qué dices eso?

No respondió, abrió los ojos. Alrededor del solo vio al niño Hanninen saltando de un lado al otro, el resto del ambiente era lo infinito.

—Dices que estoy en el fondo de este agujero, ¿no? ¿Cómo se supone que encuentre a Dreijer?

El otro levantó la cabeza.

—¿Has pensando simplemente en ascender?

Un par de focos se encendieron en la distancia. Con unos cuantos gritos logró ponerse de pie, observó al otro y luego a aquellas luces a lo lejos.

—¿Qué es? —preguntó.

El otro no respondió, él se adentró en la oscuridad con sus saltitos sin prestarle atención.

—¡Hey! —gritó— ¿A dónde vas?

No hubo respuesta. Solo, lo único que le quedaba era dirigirse a dichas puertas. Al acercarse cada vez más se volvió claro que se trataba de un simple ascensor con sus puertas abiertas para él. Él se detuvo a darle un vistazo antes de entrar, no le encontró nada diferente, era un simple ascensor. Dio un paso al frente y entró.

—¡Espera! —dijo el otro que regresó de la oscuridad— ¿Vas a dejar que Dreijer te vea así?

Se vio a sí mismo y todas las flores que lo habitaban, seguían drenándole su nula energía. El otro lanzó el cuchillo hasta sus pies.

—Lo vas a necesitar —dijo.

Con las puertas abiertas el ascensor subió sin haber presionado botón alguno. Se acercó con cuidado a la apertura para ver al otro quedarse en el fondo.

—¡Hanninen! —gritó el niño— ¡Veinte de septiembre!

—¿Qué?! —gritó de regreso.

—¡Naciste el veinte de septiembre!

Cerró los ojos y se rio, el otro volvió a gritar.

—Puedes contar con eso.

Se agarró de donde pudo ahora que el movimiento era mucho más rápido de lo que esperaba, aunque claro, estaba kilómetros y kilómetros bajo la superficie. Era momento de poner los pies en la tierra, al final de cuentas no era más que un cuarentón.

Clavó las uñas en la pared y luchó contra la fuerza de gravedad para tomar su medidor de profundidad y ver que sucedía.

21520

21510

21490

La fuerza del ascensor lo amenazaba con arrancarle la piel, las paredes se agitaban cientos de veces por minutos

20135

19955

19420

Los tornillos de una de las puertas se rompieron, el suelo no dejaba de crujir. Hanninen pegó a la espalda en una esquina y se deslizó hasta sentarse en el piso.

18002

17120

16000

Las puertas se rompieron arrancadas hacia afuera, no había nada que protegiera a Hanninen del exterior. El cable del ascensor enrojeció por la fricción.

14950

12200

10040

Le dio otro vistazo al medidor de profundidad, parecía tener alguna clase de sobrecarga de datos. Una última duda lo asaltó: la duda a lo desconocido. Aunque siendo realistas, si no dudó en meterse en un agujero en la tierra, ¿de qué iba a dudar ahora? Sobre todo cuando la duda se maneja entre dos.

—*¡Agh!* —soltó bajo la fuerza a la que era sometido.

8012

5230

3001

1600

950

500

350

100

50

25

12

5

2

1

El ascensor lo llevó al sótano del cuartel. Salió del ascensor y estudió sus alrededores, era uno de los almacenes; allí entraron dos soldados platicando entre ellos.

—Apúrate, tenemos que cargar el equipo al camión antes de las once.

Ignoraron la presencia de Hanninen, ellos se dirigieron a una serie de cajas que cargaron fuera; él los siguió detrás hasta el piso superior.

El cuartel se percibía calmo, en el patio exterior tenían un camión con varios soldados preparándose para subir, el camión que Dreijer tendría que manejar. Buscó a Dreijer entre la multitud, no lo encontró. Buscó la manera de correr a su habitación, donde quizá se prepararía, las flores se lo impidieron, estas ocupaban toda su energía. Se vio obligado a arrastrar las piernas por varios pasillos.

En el trayecto se encontró con algunos reclutas más, ninguno le prestó atención ni él a ellos, Dreijer era lo único que traía en la cabeza.

—¿Dreijer?! —dijo al empujar la puerta.

Allí lo vio, con su uniforme, preparándose para ese viaje del que no regresaría.

—Hanninen, ¿qué pasa?

No respondió, cerró la puerta y se abalanzó contra él, lo apretó entre sus manos cubiertas de flores.

—¿Hanninen?

Él se enfocó en el tacto, pasó sus manos lastimadas por la espalda y cuello.

—Por favor, tengo que prepararme.

La voz de Dreijer temblaba con discreción, sus nervios eran obvios.

—No te vayas —suplicó—, por favor.

—Hanninen —dijo y tosió para aclararse la voz—, sabes que desearía hacerlo. Cuando regrese nos iremos de aquí para siempre.

—No hay que esperar, vámonos ahora, Dreijer, por favor.

Dreijer puso su mano temblorosa en el bíceps de Dreijer.

—Sabes que quiero irme tanto como tú...

—¡Entonces hagámoslo! —interrumpió.

—¡Estamos rodeados! Yo no tengo la fortaleza de robar un vehículo y largarnos en este mismo instante. —Le temblaban las manos—. Nos iremos cuando regrese.

Se acercó a él y le dio un beso en la frente a pesar de las flores.

—Tengo que irme.

Antes de que se retirara detuvo a Dreijer por la ropa.

—Ojalá pudiera hacerlo en este momento, no sabes lo nervioso que estoy de hacer esto.

Gritaría si pudiera, sin embargo, no tenía las energías para eso. No tenía la fuerza para lanzarse a Dreijer y retenerlo, hacerlo entender que no necesitaban el permiso de nadie para marcharse.

—Te veré luego, ¿no? —dijo Dreijer y se puso la chaqueta— Ah, ojalá hubiera la manera de quitarme esta sensación, simplemente largarnos de aquí.

Dreijer salió de la habitación. Tan cansado, cayó, se dio la vuelta para quedar con los ojos al techo. Trató de respirar, el oxígeno apenas y le llegó a la nariz.

Se agarró de la cama para tomar un impulso y ponerse de pie, no iba a dejar que Dreijer se fuera. Con sus pocas energías se apresuró y salió de la habitación, por la ventana observó cómo seguía la preparación del vehículo, tenía algo de tiempo.

Se dirigió al baño y lo cerró por dentro. Después sacó el cuchillo que el otro Hanninen le dio y lo colocó sobre el lavamanos. Cansado, pensó, hartó de sentirse así. Se quitó el chaleco y la camisa desgarrada que llevaba junto con las botas y los pantalones, al final se quedó solo en bóxer. Frente al espejo se mostró un ser habitado por las flores.

Apretó esa que nació de su cuello, la apretó con la mano y la arrancó de un solo tirón. El chorro de sangre manchó el espejo y el lavamanos. Sonrió, dolía como un carajo, lo cual significaba que estaba vivo. Apretó con el puño el brote de su brazo e intentó arrancarlo, solo que este tenía una raíz debajo de la piel. Sin dudarlo dos veces empuñó el cuchillo y se rajó, no iba a dejar que ninguna flor se alimentara de su cuerpo.

Sus energías volvieron un poco, o quizá no era más que adrenalina, daba lo mismo. Se volvió a clavar el cuchillo acompañado de sus cortos gruñidos, a sus pies fueron cayendo las flores ensangrentadas, las raíces y los brotes que lo volvían esclavo de sí mismo. Pedazos de piel y carne cayeron a sus pies, valía la pena.

La loseta se pintó de rojo, en uno de esos pasos resbaló por su propia sangre. Allí miró la raíz de su pierna, listo para deshacerse de ella.

Gritó y clavó el filo, un corte sucio, horrible; la fuerza de ambas manos fue necesaria. Apretó los dientes y dio el tirón, daba la impresión que dicha raíz se enrolló en el hueso. Aunque estuviera enrollada en su cerebro, pensó, aunque

estuviera enrollada en el fondo de su alma no iba a quedarse.

Al tirar de ella su piel se desgarró, tendría una pierna deforme después de esto. A Dreijer no le importaría, de eso tenía la certeza. Se rio para sí mismo mientras arrancaba más y más piel y flores de su cuerpo, no había manera que Dreijer se le fuera de las manos.

Arrancó la raíz, está pulsaba y se estremecía como si dejara de respirar. Se cortó los brazos, la pierna, la espalda, partes de la cara, entre los dedos, la nuca... Al final se acostó sobre su espalda con el corazón a mil por hora en el charco de su propia sangre. El dolor era placentero, sabía que tendría una recompensa. Que dicha recompensa tenía nombre, y que dicho nombre lo esperaba. Sabía a la perfección que Dreijer abordaba un camión a la espera de que Hanninen encontrara la manera de detenerlo, esperando una solución. Y dicha solución, era él en sí mismo.

Se puso de pie y se vio al espejo. Cubierto de sangre, con la piel abierta y agujeros por donde se escurría el rojo de su cuerpo. Quedaron unas flores que arrancó de un tirón. Al final de cuentas, liberado, volvía a ser él mismo.

Su cuerpo se sentía más ligero. Sin tantas flores y ramas encima bien podría correr detrás del camión de Dreijer hasta alcanzarlo. Se pasó las manos ensangrentadas por el rostro, pintándolo de rojo, antes de irse en busca de Dreijer vio su reflejo una última vez; le gustó lo que observaba, un hombre.

Salió del baño descalzo vistiendo sus pantalones. Por la ventana vio a Dreijer encender el vehículo. Con su fuerza liberada corrió a través de los pasillos hasta el hangar de camiones. Allí trabajaban algunos soldados con sus tareas habituales.

—¿Necesitabas algo?

No había tiempo de explicaciones, no había tiempo de nada, nunca lo hubo y nunca lo haría. No respondió a la pregunta, en su lugar arrancó la pistola de la funda del soldado y sin que le temblara la mano le voló la cabeza. Ahora no solo sería desertor, sino también un traidor. No importaba, pensó, no tenía problemas con huir por el resto de su vida, no iba a huir solo.

Los otros dos soldados del pequeño hangar corrieron a esconderse y sacaron sus armas. Del cadáver del joven buscó las llaves de una de las camionetas. Una bala le pasó por la oreja, se giró y disparó al soldado que solo intentaba hacer su trabajo.

Ninguno de los dos le dio al otro. Corrió a la camioneta y entró, un disparo reventó el cristal. El otro joven se acercó por detrás del auto. Para ese entonces ya había encendido el motor listo para irse. Vio al joven por medio del espejo retrovisor, puso la palanca en reversa y pisó el acelerador. Al pobre joven lo reventó contra la pared, su sangre cubrió el vidrio trasero.

Regresó la palanca a D y piso hasta el fondo. El último soldado vivo del hangar saltó a un lado para evitar ser arrollado.

Al instante se hizo sonar la alarma, llegaron varios disparos en su contra en todas direcciones. Los vidrios laterales quedaron agujereados, uno de esos disparos le dio en el muslo. Insignificante, pensó.

Condujo fuera del cuartel tan rápido como el motor se lo permitió, tuvo que estrellarse contra el cerco de malla del aparcadero para poder ir en dirección con Dreijer. Se comunicaron por él con la radio.

—Si regresas ahora podemos llegar a un acuerdo —dijo la voz sin rostro—. No hay necesidad de escalar la situación.

Él tardó su tiempo en responder:

—Hace más de treinta años me secuestraron, he sido parte de la milicia desde antes de aprender a escribir, podríamos decir que solo estoy tomando lo que es mío. Ahora, si eso no te convence, puedes checar mi conteo de bajas en mi expediente y decirme si de verdad quieres escalar la situación. Cambio y fuera.

No volvieron a llamar.

3

—Pobre infeliz —dijo el superior de Dreijer en el asiento del copiloto al escuchar la alerta de la radio—, ¿qué clase de traicionero tienes que ser para robar a quien te da de comer?

Dreijer pensó que decir, deseó con todas sus fuerzas que se tratara de él. En realidad, no se le

ocurrió ningún otro infeliz capaz de llegar a dicha hazaña.

—¿Qué es eso? Creo que es él... —dijo el copiloto al observar una camioneta detrás de ellos a toda velocidad.

—¿Hanninen? —soltó Dreijer.

—¿Quién?

Era él, Dreijer solo sonrió al ver que, como esperó con tanta fervencia, venía por él. Iban a marcharse ahora.

Dreijer poco a poco redujo la velocidad para darle la oportunidad de alcanzarlo. Hanninen bajó lo que quedaba de la ventana y gritó:

—¡Dreijer!

Dreijer lo observó, pisó el freno.

—¿Qué haces? —preguntó su superior.

Hanninen se estiró para abrir la puerta de la camioneta desde su lugar.

—¡Entra!

Dreijer se quitó el cinturón de seguridad y bajó de un salto.

—¡Entra! —repitió.

—¡Desertor! —gritó el superior de Dreijer, salió del camión y volvió a gritar— ¡Desertor!

Algunos soldados bajaron del camión, apuntaron sus rifles a la camioneta y jalaban los gatillos. Para ese entonces la distancia los protegía.

Tanto los cuerpos de él y Dreijer temblaban a causa del éxtasis, era inevitable. A Dreijer no le importaba que anduviera semidesnudo, con la piel desgarrada y cubierto de sangre; era bastante bueno ocultando sus heridas.

Dreijer sacó la cabeza por la ventana del auto y respiró, olía al frescor de la mañana.

—¿Y ahora qué?

4

El padre de Dreijer sacó un ojo por la ventana, al asegurarse que nadie rondaba su propiedad volvió a colocar la cortina.

—No puedo creer que mi hijo sea un asesino.

—No, yo solo soy desertor —corrigió Dreijer—, el homicida es Hanninen.

—Como sea, si los atrapan ambos van a ir a la cárcel.

—No van a atraparnos —respondió Hanninen desde el sillón.

La madre de Dreijer intentaba sacarle la bala del muslo, por su parte el padre de Dreijer aseguraba todas las cortinas. Dreijer solo se recargaba contra la puerta, observaba a Hanninen, no dejaba de sonreír.

—¿Cómo sabes? —preguntó la madre.

—Tengo el presentimiento.

Ninguno de los padres de Dreijer le preguntaron sobre sus cicatrices, necesitarían conocerlo a fondo para tan siquiera darse cuenta que existían.

—Yo también tengo el presentimiento —añadió Dreijer.

La camioneta la ocultaron en el garaje y la cubrieron con sábanas, tomaría algo de tiempo desarmarla.

5

Se miró al espejo.

—No me queda.

—Por gordo. Por gordo y cuarentón.

Dreijer sacó otras de sus prendas más del closet.

—Pruébate esto —dijo y le lanzó una camisa y un pantalón.

Los atrapó y les dio un vistazo.

—No creo que me quede.

—Hanninen, no creo que mis padres quieran verte al aire.

—¿Y tú sí?

—Solo vístete.

6

Con Dreijer junto a su padre era obvio cómo se vería de viejo. En la cena sirvieron algo de sopa de verduras y carne, la clase de comida maternal que experimentaba por primera vez.

—¿Y ahora qué van a hacer? Digo, si se puede saber —preguntó la madre de Dreijer.

Dreijer observó a Hanninen por la respuesta.

—Lo primero es encontrar un trabajo.

—Un trabajo donde no te pregunten quién eres —agregó el padre de Dreijer—. ¿Y tú? —preguntó a su hijo.

—Aún no lo sé.

—¡Pues yo sí se! ¡Mañana te quiero despierto a las seis en punto! Vas a ayudarme con el campo, no te voy a tener aquí de adorno.

Dreijer solo se rio para sí mismo.

—¿Qué? ¿Te conté un chiste?

Su madre meneó la cabeza.

—¿Quieres más? —preguntó a Hanninen.

Él asintió y le entregó el plato que ella volvió a llenar de comida.

—Ah, más les vale a los dos que trabajen a cómo comen —dijo el padre.

Afuera era de noche, la luna iluminaba todo con una cálida luz pálida que se combinaba con la frescura de estar vivo. Quedaban muchas noches como esa.

7

Pasaron unos días, no sabía cuántos. Irrelevante, pensó. Vestía la ropa de Dreijer, no porque no tuviera la propia, sino porque le gustaba el olor.

Abrió los ojos, sobre él se extendía un cielo azul opaco. Levantó los brazos arriba para estirar la espalda mientras a sus oídos llegaba el rumor del viento y el frescor que le llenaba los pulmones.

—¡Ya te dije que así no! —gritó el padre de Dreijer a su hijo, intentaba enseñarle a manejar el tractor— ¡Pero si tú eres mecánico, ¿cómo no vas a saber?!

—¿Entonces cómo?

—¡Te dije que primero metas la palanca de cambios!

—¿Así?

—¡Que no!

Algo trono dentro del tractor. Hanninen sonrió. Antes de comenzar sus labores se decidió por ir a caminar a lo largo del campo,

todo ardiente en el verde vivo del césped. Eran las primeras horas de la mañana, la brisa volaba en el ambiente.

En medio de las colinas nadie sabía quién era, o qué hacía aquí. Paso a paso dejó la voz de Dreijer y su padre en la distancia. Las flores aún no abrían sus pétalos, el viento ligero las mecía desde sus tallos como una madre mueve una cuna. Tan pronto el sol se levantará del horizonte Hanninen podría decir que estuvo vivo un día más.

Se tiró de espaldas sobre el césped fresco a la espera del sol, era el lugar correcto, ninguna nube le bloqueó la luz.

Sobre Mí

Nací en el norte de México en 2001, comencé con la escritura aproximadamente a los catorce años. Tiempo después redacté una serie de guiones que, si bien no llegaron a nada, en retrospectiva marcaron el rumbo hacia donde se dirigía mi escritura: las novelas cortas.

Elaboré Recopilación I entre abril y agosto de 2025; para ello redacté cerca de treinta textos entre novelas, cuentos y artículos, de los cuales sobrevivieron solo seis. Una semana después de su publicación di inicio a Bunker Bay, entre septiembre y octubre.

Antes de publicar mi primer libro escribí dos novelas de cerca de trescientas páginas cada una, obras que probablemente nunca vean la luz del día. Su propósito fue enseñarme que no puedo escribir libros largos, simplemente no soporto el relleno.



